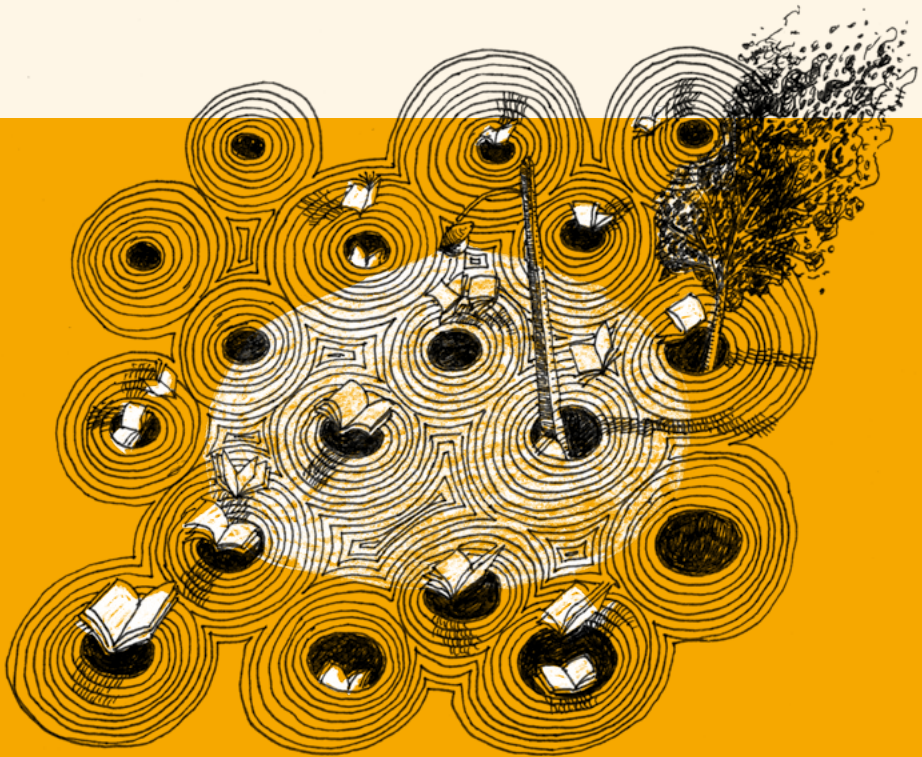


De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Varios autores

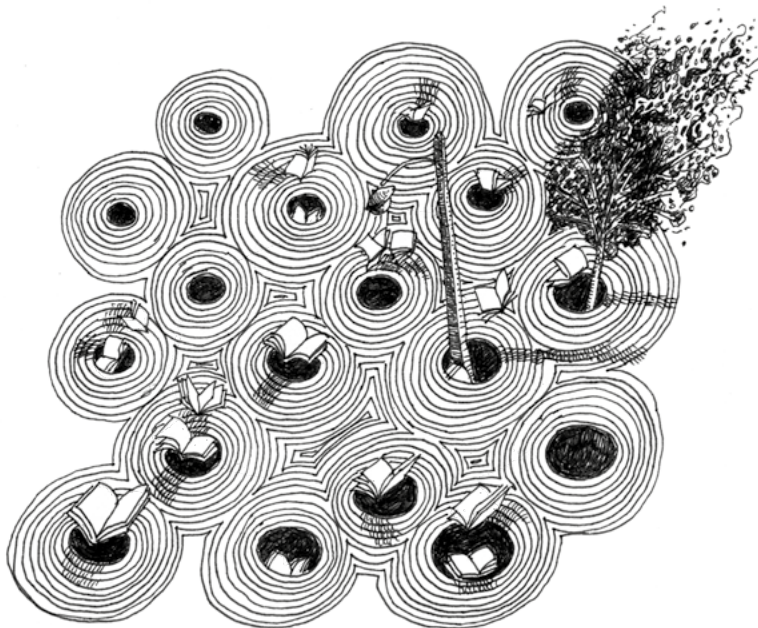


En este libro encontraremos una suma de relatos nacidos en la cotidianidad de los servicios bibliotecarios. Cada paso de página reafirma la importancia de esa antigua relación entre la lectura, los libros, las bibliotecas y las personas.

Otros títulos publicados en esta colección:

1. Valor y función cultural de la información
2. Cara y cruz de las bibliotecas públicas escolares
3. No soy un gángster, soy un promotor de lectura y otros textos
4. Experiencias para llevar a la balanza: Sistema de gestión de calidad y satisfacción de los usuarios del departamento de Cultura y Bibliotecas de Comfenalco Antioquia
5. Biblioteca pública: bitácora de vida
6. La promoción de la lectura en Medellín y su área metropolitana: algo en broma, muy en serio
7. Bibliotecas públicas, información y desarrollo local
8. Consideraciones políticas en torno a la biblioteca pública y la lectura
9. La biblioteca pública: análisis a manifiestos y directrices
10. Agrupación de la literatura infantil y juvenil por temas o intereses lectores
11. Seis acciones para promover la lectura en la biblioteca pública
12. La biblioteca en los ámbitos de la utopía y la libertad
13. La promoción de la lectura en tiempos aciagos
14. La biblioteca pública y la primera infancia
15. Dar de leer: Lectura en la primera infancia
16. Entre palabras y tintos
17. La promoción de la lectura: una mirada a cuatro voces

Encuentra aquí más sobre nuestras bibliotecas



De los quehaceres sencillos nace la utopía:
relatos de bibliotecarios

De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Leidy Johana Galvis Mejía
Blanca Carolina Vargas Escobar
Juan Rafael Fernández Pérez
Lina María Pérez Ciuffetelli
Daniel Rozo Agudelo
Lady Johana Saldarriaga Ricardo
Patricia Andrea Montoya Arenas
Andrés Felipe Ávila Roldan



De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Leidy Johana Galvis Mejía, Blanca Carolina Vargas Escobar,
Juan Rafael Fernández Pérez, Lina María Pérez Ciuffetelli, Daniel Rozo Agudelo,
Lady Johana Saldarriaga Ricardo, Patricia Andrea Montoya Arenas,
Andrés Felipe Ávila Roldan. Medellín: Fondo Editorial Comfenalco Antioquia,
2020, 114 pp. (Colección Biblioteca Pública Vital, 18).

Autores:

Leidy Johana Galvis Mejía
Blanca Carolina Vargas Escobar
Juan Rafael Fernández Pérez
Lina María Pérez Ciuffetelli
Daniel Rozo Agudelo
Lady Johana Saldarriaga Ricardo
Patricia Andrea Montoya Arenas
Andrés Felipe Ávila Roldan

Fondo Editorial Comfenalco Antioquia.

Comfenalco Antioquia.

Medellín, Colombia.

Primera edición: Medellín, noviembre de 2020.

Libro digital e impreso

ISBN: 978-958-8479-21-7

Edición y corrección de textos:

Diego Aristizábal Múnera

Diseño e ilustración:

Tragaluz Editores S. A. S.

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra sin la autorización de la editorial y de los propietarios del Copyright.

Contenido

Prólogo	6
<i>Diego Aristizábal Múnera</i>	
El primer beso	11
<i>Daniel Rozo Agudelo</i>	
Un libro en cada puerto	29
<i>Leidy Johana Galvis Mejía</i>	
Entre voces y letras, una utopía bibliotecaria	41
<i>Blanca Carolina Vargas Escobar</i>	
Viernes sombrío	55
<i>Juan Rafael Fernández Pérez</i>	
¿Saben quién habita las bibliotecas por las noches?	65
<i>Lina María Pérez Ciuffetelli</i>	
El regalo de la lectura	74
<i>Lady Johanna Saldarriaga Ricardo</i>	
El día que los libros llamaron a su puerta	88
<i>Andrés Felipe Ávila Roldán</i>	
Leer a los otros para contarnos a nosotros mismos	101
<i>Patricia Andrea Montoya Arenas</i>	

De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Un bibliotecario cambia la vida

Diego Aristizábal Múnera

Yo no sé cuántas veces pueda recomendar un mismo cuento. Yo creo que la vida se trata de encontrar una lectura, una al menos, que nos mantenga la esperanza intacta, que nos haga soñar todo el tiempo con la posibilidad de cambiar algo o que modifique todo: la manera de ver las cosas, de sentir las, de vivir. Cada quien va encontrando ese respaldo en la medida que escucha, como me pasó a mí, a un promotor de lectura. No me equivoco si digo que la historia que más he recomendado en mi vida es «Neftalí, el narrador y su caballo Sus», de Isaac Bashevis Singer:

Neftalí era demasiado aficionado a los cuentos. Nunca se quedaba dormido antes de que su madre le contara uno. En ocasiones, tenía que contarle dos o tres antes de que cerrara los ojos. Siempre pedía más y más [...]. Lo único que quería era aprender a leer. Había visto a los niños mayores leyendo libros de cuentos y había sentido envidia de ellos. “¡Qué feliz era quien podía leer un cuento en un libro!”, decía [...] [Cada libro guarda un gran misterio, los niños lo intuyen sencillamente porque les fascina el asombro]. “¿Qué hacen los niños sin libros de cuentos?”, preguntó Neftalí. “Tienen que apañarse. Los cuentos no son como el pan. Se puede vivir sin ellos”, respondió Red Zebulun. “Yo no podría vivir sin ellos”, agregó Neftalí.

Por alguna razón, creo que estos apartados que cito han encontrado el mejor lugar para perdurar en el tiempo, porque en el corazón de Neftalí lo que hay es el mismo amor que brota del corazón de quienes escribieron las historias que pronto se abrirán en este libro; por algo siempre he creído que todos los bibliotecarios del planeta tienen un libro de bolsillo dentro de ellos, uno blandito y generoso. En esta ocasión, quienes por años han sido capaces de

De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

llevar historias de casa en casa, como el mismo Neftalí, conjugaron la palabra escrita para sentir la fuerza de la existencia, de la vida y del amor por una profesión bellísima: comprender mejor de qué están hechas las historias, para compartirlas y generar hechizos que duren una eternidad.

Walter Benjamin decía que los libros que atesora una persona permiten deducir muchas cosas acerca de ella: sus gustos, sus intereses, sus costumbres. «Los libros que conservamos y los que desechamos, los que leemos y los que decidimos no leer, todos ellos dicen algo acerca de quiénes somos». Los libros que han llegado a la existencia de los lectores rurales y de barrio, a esa biblioteca donde una pareja se besa en las tardes, los que llegan por el río a los puertos, los que se fueron y tardaron tanto en regresar, aquellos que son capaces de permitir que un grupo de lectores no duerma o aquellos que literalmente se comieron las palabras hacen posible que una biblioteca pueda transformar lentamente una cabeza y un corazón, y en esos dos sencillos lugares es donde se cambia esencialmente el mundo.

Hace poco me enteré de un dato sorprendente. Según Eric Klinenberg, en encuestas, las bibliotecas son clasificadas entre las instituciones más confiables en Estados Unidos. Ayudan en el censo y ofrecen servicios de registro de votación. Están abiertas a todos. No tienen partidos. Son gratis. Incluso en la fracturada era digital actual, las bibliotecas se encuentran entre los lugares más populares y visitados de nuestro panorama cultural. Según una encuesta de Gallup de 2019, en promedio, los adultos estadounidenses van a la biblioteca casi una vez al mes, lo que hace que las visitas a la biblioteca sean “la actividad cultural más común en la que participan los estadounidenses, por mucho”.

Yo recuerdo que cuando viví en Estados Unidos el lugar donde me sentía más tranquilo, donde no me sentía juzgado por hablar mal inglés, donde me ayudaban en cada cosa que necesitaba, era

De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

justamente la biblioteca. Pasaba horas en ella, compartiendo con esos seres maravillosos que son los bibliotecarios. Y la comunidad también lo sabía y lo sabe, por algo es muy común que muchos vecinos se unan para construir y tener buenas bibliotecas cerca de sus casas.

Las bibliotecas integran, acompañan procesos sociales importantes, permiten que nos enamoremos de algo. Y detrás de una biblioteca están siempre los bibliotecarios, o deberían estar, así como los que ustedes leerán aquí. Hay profesiones nobles, llevar libros para que cambien vidas –para que un niño sonría, para que alguien quiera quedarse por siempre con una historia porque siente que le pertenece– creo que es una de las más bellas. Detrás de esta, o al lado, yo creo que hay una sutil palabra que bien puede representar al gremio: confianza, tan necesaria en tiempos tan complejos como los que vivimos.

Lo que leerán aquí son algunos relatos de esos seres que con su trabajo cambian lentamente el mundo, por eso a veces son imperceptibles, como los movimientos de la Tierra, nadie los siente, pero ¿se imaginan que el mundo parara, se imaginan que las historias no volvieran a llegar? Yo no me lo imagino, por eso lo mejor es disponerse a conocer un poco más de quienes desde lo imperceptible mueven a la humanidad profundamente, y la cambian.



De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Daniel Rozo Agudelo

En una noche de mayo de 1987, en el barrio Belén de la ciudad de Medellín, a mis ocho años, me animaba a dar mi primer beso azuzado en medio de un juego con una botella que giraba ruidosamente. Su boca sabía a Bon-bon-bum, pero su beso tenía la fragancia de un suspiro que hirvió mi humanidad hasta hoy, me «entreplumaba» como lo nombraba Cortázar. Sus labios estaban mojados como si los hubiera besado el rocío, igual a los de Susana San Juan cuando Pedro Páramo los describía en la obra de Juan Rulfo, uno de mis escritores preferidos.

Quince años después empecé a trabajar en el Departamento de Bibliotecas de Comfenalco Antioquia, donde he sido auxiliar de biblioteca, promotor de lectura, coordinador del parque biblioteca Belén y, actualmente, soy promotor de cultura digital. Bibliotecario por muchos años, aunque también soy comunicador audiovisual y multimedial. Esto me ha permitido dirigir algunos documentales, entre ellos, *El otro lado de la hoja, las generaciones de la coca*, que recorrió algunos festivales de cine nacionales e internacionales.



Lista de reproducción
sugerida para leer.

El primer beso

A esas dos madres preocupadas por sus hijas mientras descubrían la diversidad, la libertad y las tantas formas de amar en la biblioteca.

Martes, 13 de marzo.

Siguen sentadas allí. No vienen regularmente; sin embargo, el bibliotecario me dijo que desde hace una semana no han dejado de venir. Hoy regresé a la biblioteca a devolver un libro que tenía hace más de diez días en mi casa: *El último lector* de Ricardo Piglia. Algunas veces no recuerdo qué día es hoy, aunque en realidad todos parecen iguales, seguramente por eso me retraso con los libros que presto y tampoco recuerdo las fechas de los cumpleaños; todos los días son miércoles. Procuero venir siempre. Consulto mis tareas, leo un poco, escojo los libros para prestar y leer en mi casa y, a veces, aprovecho para oír música con mis audífonos. En este momento escucho *Perfect Day* de Lou Reed. Tengo tiempo para pensar, aunque también me gusta recorrer la biblioteca a ratos, sentarme en sus balcones internos del segundo piso, en medio de las exposiciones que cuelgan de sus paredes para aislarme del orden estricto de las mesas y recostarme en algún puf para leer más cómoda; y si quiero más tranquilidad, me voy para la Sala de Cultura Japonesa, es más pequeña pero más íntima entre sus libros en inglés y japonés, que reposan con más quietud que los demás.

El primer beso

Normalmente prefiero quedarme en esta sala, es la que tiene más obras de toda la biblioteca. Tal vez por eso la particularidad de su olor, una mezcla de aromas que reúnen los libros viejos y que se resaltan por las innumerables manos que han acariciado sus hojas ya oxidadas por el sudor y el polvo: olores dulces que expelen una extraña combinación entre almendra y vainilla. Pero además se mezclan con el olor de los libros nuevos: su tinta fresca y el adhesivo que les ponen para protegerlos y ubicarlos después en los estantes. Me encanta acercarlos a mi nariz y en el olor de cada uno imaginar sus viajes desconocidos. ¿Cuántos rostros?, ¿cuántas manos?, ¿cuántas lecturas de su lectura?, ¿cuánto conocen los libros viejos? Las cicatrices de sus heridas se convierten en su bitácora de viajes.

Me inquieta presentir cuál será el recorrido que le espera a cada obra. Su título, su color o su tamaño pueden determinar su elección para partir a ese destino incierto. Sin embargo, lo que más me atrae para quedarme en la sala general es la diversidad de personas que la frecuentan. Paso inadvertida en medio de todas ellas. Estamos tan acostumbrados los unos de los otros que ya obviamos nuestra presencia, nos hacemos invisibles en este paisaje rutinario.

Unos vienen acompañados, otros conversan, algunos prefieren la soledad con sus lecturas o simplemente miran, como yo. No dejo de observar aquel joven que está diagonal a mí, en el extremo de la sala, junto a la colección de los libros de humanidades, que mueve sus labios de forma repetida mientras finge leer un periódico vencido y con mirada amenazante espera con ansias a que el señor de enfrente termine de leer el periódico de hoy para ir por él. O aquel señor encorvado, de cabello blanco, con sus gafas remendadas, a mi lado derecho, a dos mesas de la mía, concentrado con varios cuadernos escolares engrapados y envejecidos junto a un libro de *Algebra de Baldor*, repasando y solucionando operaciones matemáticas ya resueltas.

El primer beso

Un poco más lejos de él, al lado de la colección de los libros de ciencias sociales, permanece una señora alta, de cabello corto y nariz alargada, con un bolso negro al hombro que mira con ojos desorbitados a todos lados y a cada uno de los que estamos en la sala, menos a la revista de ciencia popular con noticias insólitas que tiene en sus manos y que, afanosa y bruscamente, pasa sus hojas arrugadas de atrás hacia delante, sin orden. De su peculiar forma de leer no se dan cuenta los dos señores que están a su lado porque tienen sus miradas fijas en las fichas de un juego de ajedrez: una dama negra que huye del acoso de dos despiadados caballos y un alfil blanco que se regodean cuando la persiguen para inmovilizarla y atacarla cobardemente. Silenciosos, los dos, se convierten en testigos indolentes de su abuso.

En el otro lado de la sala, junto a los catálogos de búsqueda, están dos hermanos que pasan todas las tardes en esta biblioteca desde hace años, ella permanece sentada leyendo *Madame Bovary*, mientras él va constantemente a los estantes para coger los mismos libros de siempre, amontonarlos en la mesa y construir torres de babel con ellos sin leer uno solo; recuerdo de memoria algunos de los libros que toma: *Edipo Rey*, *Hamlet* y *Los hermanos Karamazov*.

La biblioteca se convierte en la patria más cercana de nosotros, en la tierra de todos, la habitamos entre el silencio y la locura, intentando ser libres sin temor a proscribir por nuestros pensamientos. Pero allí, en frente mío, justo al lado de la colección de los textos de literatura, está ella: la lectora. Solo ahora puedo observarla con el libro sostenido por su mano izquierda, apoyando su codo en la mesa y flexionando sus delgados brazos que armonizan con su espalda ligeramente inclinada para curvar su cuello y dejar que su mirada, gobernada por sus amplios ojos negros enmarcados por sus lentes, transite entre el libro y su acompañante.

El primer beso

Las finas tiras de su blusa amarilla, como aquel amarillo escaso en la naturaleza y que Emily Dickinson decía que lo reservaba para entregarlo eligiéndolo, como elige una amante sus palabras, rodean sus hombros frágiles y sinuosos levemente cubiertos por su pelo alborotado que cae entre las páginas que lee. A la misma altura están sus orejas que tímidamente asoman, dejando entrever la austeridad de su presencia, sin atavíos que distraigan cada tramo de piel y la solemnidad de su lectura. Las puntas de sus dedos largos juegan inquietas en el suelo mientras hace a un lado sus tenis de tela sucios. Una delicada relación geométrica entre ella, el libro y su acompañante se convierten en una escena que me abstraer del resto de la biblioteca, del ruido de los niños acuciosos por entrar a la sala de internet.

He pensado muchas veces que este lugar podría reproducir música en sus altoparlantes en vez de una cadena de sermones. Imagino que podríamos estar escuchando *Dancing Barefoot* de Patti Smith. Su acompañante siempre está atenta a su lectura. Imagino su voz en medio del murmullo: espaciada, fuerte, a veces grotesca o contenida cuando sus labios permanecen inmóviles en la breve pausa por un signo de puntuación o por un pensamiento insinuado que la lleva a mirar con complicidad a su acompañante. Respira ligeramente para continuar de nuevo la lectura. Moja sus labios. Aprieto los míos, trago saliva, junto las piernas. Cierro los ojos. En el techo resuenan las gotas de una lluvia inesperada.

Por el ventanal puedo ver afuera el espejo de agua que salpica con fuerza, como un mar enfurecido que se traga el cielo en su reflejo y, al final, eso es lo que los une, su imagen en el otro. Una gotera cae al lado de mi mesa, humedece el tapete gris y forma un círculo que se expande poco a poco. Dejo mis dedos ya sudosos sobre mis muslos. Ella acomoda su cabello con la mano derecha, la otra continúa sujetando el libro. Logro reconocer el color azul de

El primer beso

la carátula y un montón de páginas leídas. El ruido de la lluvia se disipa. Cierran el libro y recogen sus morrales para irse. Espero que mañana continúen con su rutina. Pregunto al bibliotecario por el título, pero con mi vaga descripción solo del color y el tamaño es inútil que conozca el nombre. Prefiero acercarme al estante donde creo que lo ubicaron. Reviso por colores de portadas pero no lo encuentro. Pronto veo uno escondido detrás de los demás libros que están ubicados. Debe ser este, tiene el mismo color en la carátula. Lo descubro: es *La señora Dalloway*. Recuerdo que mi amiga Vita me había recomendado alguna vez otro texto de Virginia Woolf. Descansa en el estante de la infatigable lectura de hoy.

Es el libro que ella tenía hace un rato entre sus manos, no tengo dudas, puedo percibir el olor de sus delgados dedos entre las hojas y el calor que aún conserva en la cubierta. Lo acerco a mi pecho y me voy hacia la mesa. Lo abro persiguiendo ansiosamente las palabras que hace un rato la veía leer. Es mi posibilidad inmediata para acercarme a ella. Busco cada indicio, puede ser un cabello, una pestaña, un rastro que la mencione. Persigo alguna señal entre los renglones que me indique las hojas ya leídas, por lo menos aquel lugar donde marcó el «continuará» para mañana y así reconstruir el mapa de lo leído.

Encuentro una hoja doblada con la programación de la biblioteca separando una página, debe ser este el lugar donde quedaron hoy. La hoja tiene la agenda de todos los eventos de este mes, además tiene un artículo sobre Bob Dylan con motivo del Premio Nobel de Literatura que recibió hace días. Me pongo los audífonos para escuchar algo de él: *One More Cup of Coffee*. Me mezo entre cada palabra del libro y ante la ausencia de ella leo con sororidad a Clarissa Dalloway y me arrojo a su compañía para exiliarme en su deseo y buscar ese fragor inalterable en mi cuerpo y desaparecerme y entrecruzarme en sus sentimientos.

El primer beso

Sabes, Clarissa, si puedo llamarte así, sin ese apellido que solo es un apéndice patriarcal y al contrario de lo que piensas te invisibiliza, que me leo entre ti, que me reconozco contigo y por eso comprendes perfectamente que eso que nos falta es «algo central y penetrante; algo cálido que [altere] superficies y [estremezca] el frío contacto de hombre y mujer, o de mujeres juntas¹» y que no podemos «resistir al encanto de una mujer» y a sentir alguna vez en la vida ese placer «que los hombres sienten, así sea por un instante». «Desde acá, sentada en la mesa, con la cabeza metida entre las manos, apretando los muslos fuertemente, juntando los dedos de los pies, te acompaño en la fantasía de tu simulacro imaginándome como si fueras tú, sintiendo que todo esto se convierte en una súbita revelación, un placer cual el del rubor que una intenta contener y que después, al extenderse, hace que una ceda a su expansión, y el rubor llega hasta el último confín, y allí queda temblando, y el mundo se acerca, plétórico de pasmoso significado, con la presión del éxtasis, rompiendo su fina piel y brotando, manando, con extraordinario alivio, sobre las grietas y las llagas».

Y allí puedo experimentar, como tú, «una iluminación, una cerilla ardiendo en una planta de azafrán, un significado interior casi expresado».

Y solo mi cuerpo puede verbalizarlo en este temblor incontrolable que intento disipar con una bocanada de aire. Levanto la mirada por encima del libro. Distraigo el pensamiento observando el juego infinito de una señora de cabello corto y negro que llegó hace poco con su padre, que está apoyado de un bastón metálico y con la evidencia del tiempo a cuestas. Él ríe a carcajadas como un niño cuando ella impulsa repetidamente un carro pequeño de juguete de un lado a otro de la mesa sin dejarlo caer, y entre sus

1 Woolf, Virginia: *La señora Dalloway*, Bogotá: Casa Editorial El Tiempo, 2002.

El primer beso

gestos infantiles y sus balbuceos le pide sin cansancio que lo lance una vez más.

No me siento capaz de seguir leyendo, prefiero interrumpir en esta página donde terminaron hoy y seguir mañana la lectura a través de su rostro, sospechando cada revelación de Clarissa. Descargo el libro a un lado. Recojo la hoja que separaba la página para buscar algún espacio en blanco en medio de toda la programación de la biblioteca, consigo leer que dictan un taller literario todos los martes, no lo sabía; lo deberían hacer los miércoles. Alcanzo un lapicero de mi cartuchera y escribo en un borde, al lado del rostro de Bob Dylan, algo para ella: «Y en medio del violeta brillante de la flor del azafrán espera completar el insomnio de su soledad de la noche». Dejo la hoja en la misma página donde terminaron de leer. Llevo el libro al mismo lugar donde lo escondió.

Miércoles, 14 de marzo.

La biblioteca es mi mejor coartada. Hoy espero en otra mesa. Acomodo mis cuadernos, mis lápices y un texto para estudiar. Son las dos y diecisiete de la tarde. Aumentan mis ansias por verla leer de nuevo. Ayer no presté más libros para no distraerme con otra historia diferente a su lectura. Anoche la busqué en mis redes sociales, inventé sus mil nombres: Virginia, Orlando, Julia, Alicia, Emma, Julieta, Amaranta, Jane, Lucía y, ¿por qué no?, Sally. Averigüé también sus lugares, sus amigas, pero no encontré nada. Pensé por un momento que no existía, que todo esto lo inventé buscando un pretexto para conversar con mis libros leídos, para desnudar mi cinismo del silencio ante ellos. Tardan más que ayer. Dos y veintitrés de la tarde. Por ahora iré escuchando *After Hours* de The Velvet Underground para calmar mi ansiedad.

El primer beso

Apenas descifro su figura larga y desaliñada cuando van entrando. Su pelo más desordenado que ayer. Sus ojos enormes y oscuros. Su acompañante se sienta en el mismo lugar mientras ella va por el libro. Su soberanía en cada movimiento es espiada cómodamente desde mi distancia. Se detiene un momento de regreso a la mesa para buscar la página donde continuará hoy. Saca del libro la hoja que separa la página y encuentra mi nota disimulada entre toda la agenda de la biblioteca. Intenta despegar la mirada de ella buscando algún culpable. La observo por la mirilla de mi libro, me siento segura desde esta trinchera. Guarda la nota en uno de los bolsillos de sus *shorts* de dril. Se acomoda en la silla. Vuelve a buscar la parte donde terminaron ayer. Ahora sus manos están donde estuvieron las mías, puedo imaginar que se tocan con el paso de las páginas y que juegan entre ellas y allí cada hoja se hace piel cuando sus dedos dibujan cada renglón señalando mis lunares como cada letra del libro. Su amiga mira fijamente sus labios. Muerdo los míos. Ella respira y regresa la mirada a la página y vuelvo a imaginar su voz como si encontrara la oración de su palabra.

¿Cuántas veces debo verla leer para escucharla leer alguna vez? Su silueta se convierte en un poema disonante y converso con sus gestos y sus movimientos: algunos rudos, otros dóciles. Pero mis respuestas no están en ella y en mi imposibilidad de encontrarlas me lanzo a la deriva de mis vacilaciones y debo admitir que me regocijo en lo que el libro parece saber de mí. Pero tengo la misma pregunta que te hacías ayer mientras te leía, Clarissa, ¿qué puede ser todo esto que siento? Cuando decías que «este enamorarse de mujeres» no es lo mismo que alguna pueda sentir hacia un hombre, que esto «se trataba de un sentimiento completamente desinteresado, y además tenía una característica especial que solo puede darse entre mujeres, entre mujeres recién salidas de la adolescencia». Debe ser algo parecido a eso que sentías por Sally Seton. Su

El primer beso

voz desnuda cada letra y lo revive en el movimiento de sus labios. Un breve juego con su mano derecha me deja ver sus uñas cortas y sin pintar. Son las cuatro y cincuenta y seis de la tarde. Pone el libro sobre la mesa. Mientras su acompañante va al baño, saca de su morral un lapicero y escribe algo en la hoja que guardó en sus *shorts* y la deja dentro del libro. Lo esconde en el mismo lugar de ayer. Se van. Espero un momento para ir por él. Quiero volverlo a leer, pero tengo miedo de abrirlo, de seguir descubriéndola en cada página, en cada palabra y encontrarla dibujada en cada letra, de ver su reflejo en mi voz. Me decido abrirlo y busco rápidamente la hoja que dejó en el libro y que además separa la página donde terminaron hoy: «Se sedará bebiendo sus flores para apresurar el amanecer». El trazo angosto de su letra y sus palabras contrastan con la tiranía de su distancia.

Parece conocerme pero no es posible, es indiferente a mi presencia, ajena en esta hilera de mesas repletas de personas que ya no importan, está lejos de descubrir que permanezco leyendo sus lecturas. Sin embargo, puedo sentir que aún está acá. No está ausente quien no se ha ido. Su memoria es permanente en la biblioteca, se oculta en cada página de este libro que conserva su saliva y me entrega su aliento en cada lugar que lo abro revelándome el resplandor de su presencia. La exquisitez de sus aromas.

«Peter Walsh y Joseph Breittkopf siguieron hablando de Wagner. Clarissa y Sally les seguían, un poco rezagadas. Entonces se produjo el momento más exquisito de la vida de Clarissa, al pasar junto a una hornacina de piedra con flores. Sally se detuvo; cogió una flor; besó a Clarissa en los labios. ¡Fue como si el mundo entero se pusiera cabeza abajo! Los otros habían desaparecido; estaba a solas con Sally. Y tuvo la impresión de que le hubieran hecho un regalo, envuelto, y que le hubieran dicho que lo guardara sin mirarlo, un diamante, algo infinitamente precioso, envuelto, que mientras hablaban (arriba y

El primer beso

abajo, arriba y abajo) desarrolló, o cuyo envoltorio fue traspasado por el esplendor, la revelación, el sentimiento religioso...»

Procuro su beso. Busco en mi reproductor *Hurt* de Johnny Cash para escucharlo en este momento. Apenas puedo silenciar mis ojos para sospecharlo: queda la biblioteca vacía, contenida en sus ladrillos grises con esos visos cerámicos que rompen su monotonía. No hay libros, tampoco bibliotecarios, nadie juega ajedrez en sus mesas blancas. Se convierte en una región desolada y abandonada a su voluntad. Estamos solamente ella, el libro y yo. Danzamos en mitad de la sala al vaivén de sus piernas que se alargan cada vez más y entrelazamos nuestras manos. Me suelta y baila sola en un sinfín de giros con su pelo remolinado envolviendo su rostro. Se detiene y me soporta el silencio de su ausencia. Empuño mis labios, pierden color, se secan; está cerca de mí, siento su respiración contenida aún en las páginas; los suelto. Me acerco a sus labios tan delgados que cortan mis dedos. Es la sangre del beso que invento por primera vez. Abro mis ojos y todos siguen ahí, igual que hace un rato, inertes en sus lecturas, ratones de biblioteca hurgando letras que divagan en todos estos libros. El tiempo se mueve solo si yo me muevo. Pero ninguno sabe que ella existe, que su voz finita su ausencia. Sigo leyendo hasta donde llegaron hoy. Se hace de noche, me debo ir. Antes de volver a separar la página con la misma hoja de la agenda de la biblioteca, busco otro espacio en blanco para continuar el contacto cercano del intercambio de la palabra: «y en el alba recogerá cada flor con la delicadeza de sus ceremoniosas manos para separarla de sus estigmas». Cierro el libro y lo escondo en el mismo lugar.

Jueves, 15 de marzo.

Es miércoles. Hoy no tuve clases en el colegio, los profesores están en paro, por eso decidí venir desde el mediodía. Esta vez las

El primer beso

espero afuera, me gusta sentarme en el exterior de la biblioteca, en una de sus plazas, la de las personas; a su lado pasa la avenida 76 que vive llena de caminantes en medio del ruido del comercio y de los carros y que a su vez atraviesa todo el barrio, así como ella cruza mi historia durante estos días. Arrugo la tarde para esconderla en cada pliegue y encoger la espera de volverla a oír. La veo venir a lo lejos. Espero un momento mientras entran y se acomodan en su mesa. Ella siempre con sus piernas descubiertas enmarcando la austeridad de sus pasos. Busco mi lugar de siempre. Tiene la hoja con la nota en su mano. La esconde en otra parte del libro. Conversa con su acompañante antes de empezar a leer. Acabo de recordar la canción *The Weeping Song* de Nick Cave & The Bad Seeds para escucharla en los audífonos. Anoche tuve un sueño extraño, siempre me he preguntado sobre lo que puede ocurrir durante una noche en la biblioteca mientras todos dormimos.

Soñaba que se convertía en una jaula de libros y adentro se formaba un laberinto con habitaciones que se sucedían una y otra vez, imposibles de descifrar como la cuadratura del círculo que terminaba convertida en un infinito estéril. Se tragaba sus silencios; sus libros empezaban a volar, se escapaban, jugaban; se compartían sus historias, se las contaban, se las prestaban, también se las robaban, se traicionaban unos a otros, se reinterpretaban y trastornaban aquel Aleph del universo de Borges. Sus hojas sueltas se intercambiaban y alteraban las historias de la historia. Todo el infinito de los libros quedaba contenido en un bucle atemporal. Era como si las bibliotecas resistieran el lenguaje inefable de la miseria del hombre que se convertía en su minotauro. Luchaban los libros para salir a salvo a través del hilo de sus historias encadenadas. Desde entonces, las bibliotecas jamás volvían a ser iguales, se hacían inmortales, capaces de reescribir la humanidad. Lo atroz y lo bello pernoctaban en el mismo espacio. Pero este sueño no era tan lejano a mi realidad.

El primer beso

Recuerdo que alguna vez mis padres me contaron que, en este lugar, mucho antes de convertirse en una biblioteca, hubo una estación de inteligencia de la policía, creo que se llamaba el F2, y hablaban de torturas y muertes que ocurrieron acá adentro, pero nadie lo menciona, es como un silencio sin memoria. Pero hoy es diferente, huele a ella, a su cuerpo lleno de relatos; suena a ella, a su voz, a sus susurros. Se mueve como ella. Continúa leyendo con la serenidad de tener el final a la vuelta de una hoja. Su acompañante reposa su mirada impassible en la sobriedad de su rostro, contemplando cada gesto efímero que resulta de su relación con el libro. Y pensar que estoy a unas pocas palabras de distancia, a unas cuantas letras de su partida y de su olvido sin memoria. Va mudando de piel en las ruinas de su cuerpo anfibio que se transforma en el papel de estas páginas y en el barro de su sudor. Camino por él como transita por el libro con su mirada, recorro su piel en cada página, lo cierro y lo abro una y otra vez en cualquier lugar donde su voz se convierte en el relato más próximo a la fábula de mi beso. Es su cuerpo como texto. Solo queda leerla y guardar el silencio de la amante impar.

Los dedos de su mano derecha sostienen con delicadeza la última hoja del libro. El resto de páginas están amontonadas al lado izquierdo. Su mirada impassible en las últimas palabras se hace extensa como la espera de estos días juntas. Continúa mirando la hoja queriendo encontrar más palabras para seguir leyendo. Pude haberle inventado páginas, hacerlo eterno y que su voz se hubiera hecho perpetua en mi presencia, como ocurría con mi sueño de anoche sobre la biblioteca. Pero sería solo mi deseo reducido a su lectura. Cierra lentamente sus ojos. Suelta la hoja y el libro queda sostenido por completo en su mano izquierda. Apenas percibo que en mi reproductor suena *Henry Lee* de Nick Cave & PJ Harvey. Pareciera que toda la sala se congratara y simultáneamente quedara en suspenso.

El primer beso

Por un instante todos los silencios de la biblioteca desaparecen: los murmullos, los pasos cortos y discretos, el lomo de alguna obra que golpea una mesa, las páginas que van pasando, una silla corrida con sigilo, el pitido instantáneo de un código de barras registrando el préstamo de algún material, el cuñalibros que apretuja para abrir espacio en cada entrepaño o los trazos de un lápiz que transcribe un código para buscar algún título en los estantes.

Gira su cabeza levantando con lentitud sus ojos hacia su acompañante. Se miran sin distancia. Descarga el libro sobre la mesa. Sus codos puntiagudos se deslizan sin prisa buscando acercar su dedo índice al de ella, hay una leve caricia. Las formas de sus rostros juntos se revelan en un claroscuro por la penumbra de los rayos del sol que descienden del tragaluz en el techo y transforman la sombra de las dos en una sola. Esta cercanía les da la confianza para cerrar sus ojos y dejarme descubrir su beso a través del marullo de su pelo, mientras su acompañante lo aparta con las manos que ahora peregrinan por sus mejillas. Sus bocas se unen por un hilo fino y templado donde penden sus labios ensortijados en un remolino de movimientos redundantes. El libro exhala su último suspiro, cierra por completo sus hojas. Se inunda mi boca. Aprieto mis ojos mientras inclino mi cabeza lentamente. Mi saliva parece convertirse en resina cuando apenas siento mis labios entumecidos. Sus miradas cómplices son suficientes para asentir la partida. En los audífonos escucho *Famous Blue Raincoat* de Leonard Cohen. Preparan sus morrales, pero antes de irse vuelve a abrir el libro para sacar la hoja y escribir algo. La guarda de nuevo entre las páginas como quien deja una carta en el buzón de correspondencias.

Las veo irse y a la distancia imagino el olor a miel del tatuaje de rencores que tiene en su espalda. El libro queda abandonado sobre la mesa. Voy por él pero prefiero quedarme en su silla contemplando aún su humedad en el ambiente y el aroma fresco de su beso

El primer beso

para no fingir más su aliento. Agacho mi cabeza hacia la superficie de la mesa siguiendo el olor a vainilla que permanece en algunas gotas de sudor que faltan por evaporarse. Las seco con mi dedo índice y lo llevo a mi boca para saborear su sal que me embriaga como un conjuro que despelleja mi garganta mientras mis ojos arden en el ocaso de esta lectura.

Abro el libro, convertido ahora en nuestro cartero y busco con curiosidad su última nota en la hoja de la agenda de la biblioteca que ya transparece oculta debajo de nuestras palabras; leo lo que escribió. Voy por mi lapicero y en el espacio en blanco al final de la última página copio nuestro cadáver exquisito firmándolo por las dos donde permaneceremos para siempre en esta doble historia, en algún lugar de la biblioteca:

Y en medio del violeta brillante de la flor del azafrán espera completar el insomnio de su soledad de la noche. / Se sedará bebiendo sus flores para apresurar el amanecer / y en el alba recogerá cada flor con la delicadeza de sus ceremoniosas manos para separarla de sus estigmas. / Enhebrará con sus dedos cada pistilo de la flor del azafrán y con sus yemas esparcirá el aroma en sus labios para embalsamarlos en un eterno beso.

Nosotras dos: tú que lees y yo que imagino escucharte.

Algunos datos:

- » En 2006 y 2007, Gallup realizó una estadística² sobre los países donde más se sentía amor durante el día. El 79 % de las personas colombianas encuestadas manifestaron haber sentido amor el día anterior. Una cifra similar a la de Italia, que junto a Francia, según los filematólogos –la ciencia que estudia los besos–, son además los países donde más se besan

2 Según el artículo «Map: The Countries That Feel The Most Love in the World» escrito por Uri Friedman y publicado por *The Atlantic* el 14 de febrero de 2014.

El primer beso

por día: siete veces³. Si nos atreviéramos a calcular que el 79% del promedio de las 746 visitas diarias⁴ que recibió el Parque Biblioteca Belén en el 2019, sintieron amor el día inmediatamente anterior y que además lo pudieron haber manifestado a través de uno o más besos, podríamos afirmar entonces que la biblioteca es un buen lugar para besar.

- » De acuerdo a un estudio⁵, pasamos 20 160 minutos besando durante nuestra vida, un equivalente a 2 semanas y si además tuviéramos en cuenta que cada beso dura en promedio 12 segundos⁶ lograríamos estimar que daríamos aproximadamente 100 800 besos en toda nuestra existencia. En la Encuesta Nacional de Lectura, que realizó el Dane en 2017⁷, se concluyó que en Medellín leemos 6.8 libros por año⁸ y si tenemos presente que la esperanza de vida en Colombia es de 76 años⁹ nos permitiría deducir que leeríamos aproximadamente 482.8 libros en este tiempo contados a partir de los 5 años. Si tan solo leyéramos la quinta parte de los besos que daríamos en nuestra vida alcanzaríamos niveles de lectura tan altos de países como Suiza y Canadá y así besar alguna vez pueda ser tan placentero como leer.

3 Según el artículo «Besos, besitos, besotes: 11 razones científicas para besar» publicado por *DW Made for Minds* el 6 de julio de 2017.

4 Según las estadísticas de nuestro Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín.

5 Según el video «Why Kissing Isn't a Universal Act» de la periodista Adeline Bailleul publicado por *Brut.* el 31 de diciembre de 2019.

6 Según el artículo «Besos, besitos, besotes: 11 razones científicas para besar».

7 La Encuesta Nacional de Lectura fue la primera encuesta especializada y diseñada para medir hábitos de lectura, escritura, asistencia a bibliotecas y actividades con niños y niñas menores de 5 años.

8 Encuesta Nacional de Lectura, Dane, 2017.

9 Según el artículo «Colombia llegó este miércoles a los 50 millones de habitantes» escrito por Mauricio Moreno y publicado por *Portafolio* el 12 de febrero de 2020.

El primer beso

Para tener en cuenta:

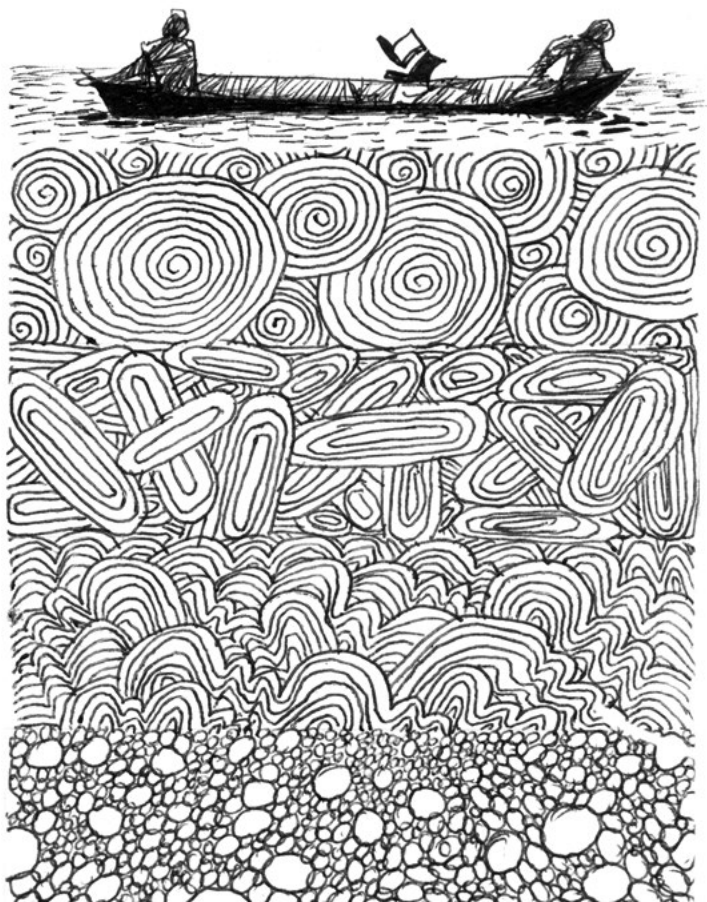
- » *La señora Dalloway* de Virginia Woolf fue publicada inicialmente el 14 de mayo de 1925. Desde ese momento ha tenido numerosas ediciones. El parque biblioteca Belén cuenta con 2: una edición del 2002 y otra de 2016¹⁰. Durante el 2019 el título se prestó externamente 6 veces entre estas 2 ediciones.

- » En el parque biblioteca Belén puedes encontrar 19 títulos¹¹ relacionados con el beso, ya sea porque tratan sobre él o en su título llevan esta palabra.

- » El parque biblioteca Belén fue inaugurado el 15 de marzo de 2008 y hace parte de uno de los nueve parques biblioteca que tiene Medellín. Su diseño estuvo a cargo de la Universidad de Tokio a través del arquitecto japonés Hiroshi Naito. Este espacio es administrado desde sus inicios conjuntamente entre la Caja de Compensación Familiar Comfenalco Antioquia, la Biblioteca Pública Piloto y la Alcaldía de Medellín.

10 Información a julio de 2020.

11 Información a julio de 2020.



De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Leidy Johana Galvis Mejía

Descendiente de aguacates marinillos y de la dulzura del canto de mujeres tejedoras de cabuya, soy bibliotecóloga de nacimiento, pero como a ratos soy despistada solo me di cuenta de ello después de muchos años por cosas del destino. Cuando era pequeña quise tener un elefante de mascota, por eso sueño con viajar al África y verlos en manada en su hábitat. Coqueteo con el sol, pero solo me entrego a él en el atardecer, cuando mi piel blanca disfruta la caricia de sus colores. Me gusta sonreírle al mar. Me encanta leer poesía y en ella he aprendido a destejarme. Creo en la deconstrucción, el caos y el cambio que me permiten encontrar pasión en barrer la casa y regar las plantas.

Un libro en cada puerto

Un libro en cada puerto

*No somos historia, sino memoria contra el olvido.
William Álvarez*

Querido papá:

Pinocho llegó a mi vida gracias a ti, me regañabas con versos, me regalaste un diccionario para enseñarme que la palabra *puta*, que a mí no me gustaba, era castiza y la podías decir con autorización de la Real Academia de la Lengua. Recitabas poemas de Antonio Machado mientras me enseñabas a disfrutar el olor del campo. Tenías una historia para contar en cada lugar que conocíamos y, aún así, recuerdo como te asustaste cuando te conté que iba a estudiar bibliotecología, sin embargo, ¿qué más podía esperar un papá que le enseñó a su hija que la fuerza, la alegría y el encuentro con el otro estaban en las palabras? Debe ser por eso que te convertiste en cómplice de mi formación universitaria y no recuerdo un hombre más orgulloso diciendo que su hija era bibliotecóloga. Con los años, he descubierto que elegimos el mismo camino: iniciaste tu carrera enseñándoles, en tus tiempos libres, a leer a los papás de tus alumnos en el campo; ahora yo contribuyo desde mi trabajo a que las familias de Antioquia tengan acceso a la lectura, así es como tu misión sigue viva en esta generación.

En cada uno de mis viajes por la región, te recuerdo con la añoranza de tus historias y nuestros felices extravíos, cuando buscábamos llegar a un páramo y una opción mal interpretada de desvío en el camino nos llevaba a la orilla del mar. Me gustaría que esta carta llegue al mundo donde estás y que leas mis historias para compartir contigo las nuevas miradas que he tenido en mis caminos, miradas que nacieron en tus ojos.

El ancla de la memoria y el olvido: Puerto Girón

A esta tierra ancestral y negra, como la declaran sus habitantes, solo llegamos unos cuantos foráneos, a los que el destino nos lleva por casualidad. Debe ser porque creemos que hay lugares que merecen intimidad de por vida, lugares que nunca deberían descubrirse. Decía Fernando González: «Aventurero es aquel que realiza su corazón por el mundo; el tipo lleno de vida que crea las circunstancias y cuya llegada produce una transformación en el ambiente». Los viajes nos llevan a destinos para enseñarnos que hasta los lugares más intocables deben moverse, aunque ese lugar, por lo general, terminemos siendo nosotros mismos.

Puerto Girón es un tesoro escondido del municipio de Apartadó, puede llegarse en lancha por las aguas del río León o dejándose guiar por el olor a banano, que viene de extensos cultivos que son acariciados por la brisa del Urabá antioqueño.

Cuando se llega por el río, las lanchas arriban a un muelle de madera, allí los niños están pendientes de quienes llegan, los esperan sentados en una banca a la sombra de un par de palmeras con hojas doradas de tanto sol. Como si se tratara de una obra de arte, de esas que le permiten a uno viajar al pasado, siempre se ven algunas mujeres con sus bebés lavando ropa en el río; ellas están tan felices y llenas de vida que provoca acompañarlas para dejarse mimar por el agua. Juegan, conversan y escuchan las noticias más importantes de los Palacio y los Chaverra, se enamoran de la simpleza de cada instante de la vida.

El horizonte está formado por infinitos verdes, en el que vuelan aves de todos los tamaños y colores. Al frente del puerto hay una isla, y cuentan las noticias que violentamente la han desnudado para llevarse la madera; sin embargo, ella se resiste a dejarse descubrir, parece que los árboles renacieran todos los días bajo el abrigo de un cielo que ni siquiera puede decirse que sea azul, porque tiene un color diferente cada hora del día.

Un libro en cada puerto

En Puerto Girón no son importantes las horas que suma el tiempo, allí lo que cuenta es la calidad con que se disfrute, si es que uno se da cuenta de que pasa. Puedo decirte que se trata de un case-río que se abre como un libro, cada puerta es una página donde se cuenta una historia diferente. Sus calles son de tierra firme y lineal, dan ganas de desnudar los pies y no es porque den la sensación de caminar sobre nubes, al contrario, allí el contacto con la tierra es la entrada a la realidad.

En la puerta de una casa se reúnen varias mujeres para ver bailar un grupo de niños y jóvenes. Estos, en su tiempo libre, arman coreografías, se inventan clases de baile con ritmos africanos y se la pasan danzando al ritmo del sol o de las nubes mientras cambia de color el cielo. En ese teatro al aire libre, creado por la comunidad, las espectadoras tienen destellos brillantes de admiración en sus ojos, ríen y aplauden a sus hijos con orgullo. Esta agenda cultural se vive todas las tardes y al finalizar el espectáculo las madres se quedan conversando sobre el devenir de los días. Esta puerta no es para entrar a la casa, es una puerta para sentarse a disfrutar de la belleza en movimiento, para salir y ver a las madres en conexión con sus hijos; es como si en los pies o las formas que ellos dibujan al compás de la música estuvieran conectados con el corazón de sus mamás.

En el corazón de Puerto Girón está la Casa Ancestral y Cultural, un lugar creado por sus habitantes, que se reserva el derecho de admisión solo para quienes entienden el poder de la creación y de la conexión generada en la oralidad y la memoria. En esta alma, con olor a madera húmeda, hay espacio para la alegría que genera la música, representada en los instrumentos que ellos usan; hay lugar para la cocina afro: objetos y recetas ancestrales de hombres y mujeres que de generación en generación transfieren el amor que regalan los sabores.

En el recorrido por la Casa Ancestral encontré algo muy especial: libros escritos por ellos mismos donde relatan su historia

Un libro en cada puerto

y dejan huellas de sus almas llenas de recuerdos, algunos empolvados por el tiempo. Allí, me encontré el amor de una comunidad que tiene su refugio en la escritura, rompen con el esquema de lo tradicional, escriben su historia no con letras sino con imágenes, ritos, texturas y olores.

La Casa Ancestral también tiene lugar para llenar el olvido de recuerdos. Algunas fotos que estaban aquella vez que fui les servían como soporte para hablar del Estado, que sintieron ausente cuando los grupos armados quisieron apropiarse de su territorio. Ellos quieren que todas las generaciones recuerden sus duelos para reafirmar su lucha por el respeto a la tierra, a su cultura y a defender sus ancestros. Ellos sueñan con que el Estado los reconozca como un territorio negro, que les ayude a legalizar sus tierras y a mantener la forma de gobierno que han establecido para su pueblo. A ti, papá, te hubiera gustado mucho conocerlos, ellos tienen un consejo comunitario que articula las voces de la comunidad y cuida el cumplimiento del reglamento que han establecido para convivir, porque vivir con tranquilidad es su mayor alegría y allí la han encontrado. Me contaban que por eso la mayoría no ha pensado en irse.

Mientras caminaba por las calles del corregimiento, vi una de las mujeres que vive en Puerto Girón con un libro en sus manos, se titulaba *Sin el negro no hay color que valga*, de un autor cuyo nombre no recuerdo. Sentí una cosa tan bonita en el corazón con esa imagen al lado del río: un rostro que sonrío mientras siente las páginas de un texto. Al acercarme y preguntarle sobre lo que leía, ella me contó que a muchas personas del lugar les gusta la lectura y gracias a ella han entendido que sus hijos deben estudiar, así tengan que irse para Medellín a conocer otros mundos. Me contaba que les gusta leer textos que hablen sobre la afrocolombianidad y sus ancestros. Tendré que confesarte que nunca me imaginé que en

Un libro en cada puerto

ese poblado hubiera tanta conexión con los libros y podría decirte que descubrí que para ellos son los cimientos de su memoria.

Descubrir en lo rural el respeto por la naturaleza de lo que se es, por el legado de los ancestros, porque somos parte de la historia de muchas generaciones, entender el libro como una extensión del cuerpo que nos permite pasar las cosas de nuevo por el corazón son varios de los regalos más hermosos que esta tierra nos hace a quienes tenemos el privilegio de visitarla.

Al caminar un poco más por sus calles, donde el correr de los niños se siente como redobles de un tambor, me encontré un grupo de jóvenes del colegio leyendo y pescando en el río. La pesca artesanal es una de las principales actividades económicas de Puerto Girón. Hace algunos años, unos bibliotecarios de Apartadó crearon con ellos una actividad que se llama Lectopesca; entonces, junto con los profesores, los jóvenes arman paseo al río y mientras unos pescan, otros van leyendo en voz alta los libros que tienen en la biblioteca del colegio. No son muchos, pero a ellos no les importa repetirlos, sueñan con que les lleguen más libros para leer al lado del río. Me hicieron sentir que la lectura es un milagro cuando veía en ellos el asombro que proyectaban sus cuerpos al escuchar con atención las voces de sus compañeros y se conmovían a medida que avanzaba la historia. Es el mismo asombro que sentían al ver brotar peces grandes y brillantes del río.

Papá, como me lo enseñaste, es mágico romper prejuicios y transformar imaginarios. En varias ocasiones los bibliotecarios pensamos que en estos lugares escondidos de la ruralidad no se tiene acceso a la información y a la educación y nos creemos colonizadores al llevar nuestros libros. A este puerto le agradezco recordarme que el mundo está hecho de historias y las conexiones con el otro las tejemos en la comunicación de la palabra que todos ejercemos de un modo distinto, entonces siempre

Un libro en cada puerto

caminaremos entre relatos y en nuestra misión los bibliotecarios tendremos la fortuna de intercambiar y compartir nuevas aventuras en los libros que entregamos. Durante mi viaje yo no hablé mucho de libros, ellos fueron los que me enseñaron nuevos títulos y una línea que poco he explorado en la literatura: la afrocolombianidad.

Buscamos con los habitantes de Puerto Girón una estrategia para seguir entendiendo su cultura y conociendo el mundo, encontrando que el ideal era que pudieran acceder a más libros. Con la comunidad decidimos que la mejor manera para acompañarlos era entregándoles una colorida casa de libros que fuera vecina de la biblioteca del colegio: un Paradero Para Libros Para Parques, que es una estructura metálica con forma de paradero de bus, donde se albergan trescientos libros de diferentes áreas del conocimiento y es dinamizado por promotores de lectura y vecinos de las comunidades donde se instalan; además los libros rotan, entonces en varias ocasiones del año llegan nuevos libros. La comunidad abrió sus puertas para que nuevos libros lleguen a conversar con ellos a orillas del río León y compartan nuevas historias mientras el cielo cambia de color para ver llegar la noche.

Gran parte de las casas de este puerto están pintadas con tonalidades vivas, invocan la alegría y la diversidad de las comunidades afro. Cada puerta es el acceso al escondite secreto de una pareja haciendo el amor; no hay mejor forma de disfrutar los días que recorrerse con quien se ama usando zapatos de besos. Cada puerta colorida es la entrada o la salida de una nueva conversación, de un nuevo juego, de la memoria, del olvido, de la lectura, y siempre habrá un momento del día en el cual el cielo se llene de nubes espesas con formas de libros. Puerto Girón parece una gran biblioteca.

Un libro en cada puerto

Desembarca la esperanza: Puerto Triunfo

Unos meses después de mi viaje a Puerto Girón, fui a Puerto Triunfo donde estuvimos juntos, muchas veces, disfrutando uno de nuestros pasatiempos favoritos: contemplar el río Magdalena. En esa época me dejaba acariciar un rato largo por el silencio y luego me dejaba abrazar por la voz de tus historias, que querían enseñarme la trascendencia de la palabra *compañía*; eran épocas de guerra en esa zona de Antioquia y se sentía la soledad que causa la violencia. Me enseñaste que justo en ese momento es cuando se debe acompañar los pueblos, hacer presencia, me dijiste que era una forma de generar esperanza en las personas. Entonces a tu lado, contemplando ese gran río, me enseñaste a soñar con un mundo más solidario y tranquilo.

Las vías por donde pasaba el ferrocarril aún siguen ahí, al lado de la carretera, llegando a Puerto Triunfo. Entonces recordé cuando te decía que hubiera sido muy feliz subida en él entre cargas de café y observando desde sus ventanas ese paisaje de árboles gigantes, reses y río. Cuando regresé, el pueblo ya no se veía solo, ahora muchos turistas lo visitan.

Hace algunos meses tenemos un programa de lectura con niños y jóvenes de una institución educativa, son actividades de Jornada Escolar Complementaria que las cajas de compensación realizan para generar opciones artísticas, deportivas o de lectura en el tiempo libre de los estudiantes. Papá, me encanta este programa porque nos permite generar lazos a partir de las actividades de animación a la lectura con los niños y jóvenes de Antioquia, entonces aprendo que las bibliotecas no solo son espacios físicos, las bibliotecas son espacios de comunicación donde se interactúa en la lectura del mundo y la palabra.

Con nostalgia, aproveché para visitar el puerto donde contemplábamos juntos el río Magdalena, pero en esta ocasión ese punto

Un libro en cada puerto

estaba ocupado por un joven de unos catorce años que leía una de las series de *Las Aventuras de Tintín*, era uno de los estudiantes que participaba en nuestro programa, entonces pronto la alegría se instaló en mi alma. Imagínalo a él por un instante, con crespos como los tuyos, vestido con pantaloneta verde, camiseta blanca, sentado a la sombra del árbol que siempre buscábamos, el cielo gris, el sol escondido y rodeado por la majestuosidad del Magdalena, iluminado por el color de la portada del libro que leía; sin duda, papá, esa es una de las bibliotecas más bellas que he visto en mi vida, porque verlo a él disfrutando el silencio y la soledad, con esa mirada que me permitía adivinar que quien vivía una aventura era él, me recordó que un lugar donde se genere ese lazo estrecho con un libro, en el que se confunda su olor con el del paisaje, donde la palabra genere una emoción, donde uno se encuentre con uno mismo, con los personajes de los libros y donde pueda conversar con foráneos que terminan siendo amigos, a ese espacio se le llama *biblioteca*.

Sentí que estabas allí, que me habías enviado esa imagen desde el cielo que empezaba a despejarse para mostrar el sol, extrañé tu voz; por eso, así como brota agua que alimenta el río desde el macizo colombiano, le regalé una gota de agua que brotaba de mis ojos al Magdalena, al mismo tiempo me sentí muy feliz por haber compartido contigo tantos viajes y que me enseñaras a observar y a disfrutar la sensibilidad. Permanecí al lado del río muchas horas hasta que entró la noche con la luna llena y, como en los viejos tiempos, pude subirme a una lancha y navegar un rato. Vi un reflejo de plata en la oscuridad del río.

Cuando regresé a la ciudad y volví a habitar nuestras bibliotecas, entendí que son como los puertos que visité, funcionan como enlaces de comunicación en las comunidades y pueden ser puntos para que los usuarios se anclen un rato, se recarguen, reciban

Un libro en cada puerto

conocimiento, intercambien conversaciones y escuchen o escriban historias hasta estar listos para volver a zarpar.

Papá, ahora estamos viviendo tiempos difíciles, hace varios meses no he vuelto a viajar, una enfermedad se expandió por el mundo y cambió nuestra cotidianidad. Impera la incertidumbre. Quiero tener esperanza, como me lo enseñaste, y disfrutar los descubrimientos que han llegado cada día. Mi optómetra me dijo hace poco: «cuando uno deja de mirar constantemente el horizonte desarrolla miopía». Entonces pienso que es momento de empezar a mirar hacia los nuevos tiempos y soñar que en ellos seguirán existiendo bibliotecas que potencian el desarrollo de ciudadanos globales, movilizan la opinión pública, generan asombro, promueven el pensamiento crítico y anhelan una sociedad más justa. Es por eso que sueño con bibliotecas que permanezcan en el tiempo, que ni el conflicto, ni la enfermedad, ni los desastres naturales se las lleven. Sueño que en los nuevos tiempos las bibliotecas sigan siendo la sangre de las comunidades. Sueño, como decía Ernesto Sábato, que resistiremos.

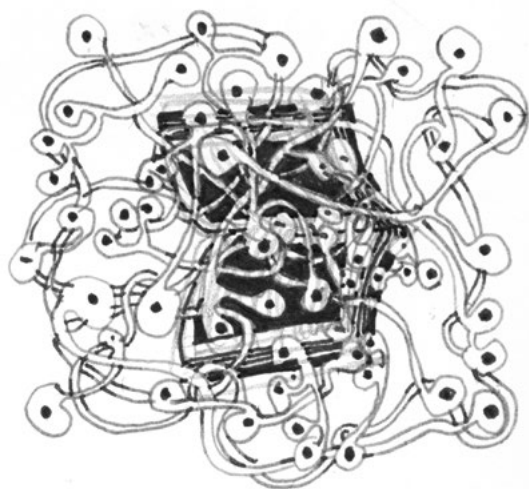
Algunos datos:

- » Comfenalco Antioquia asesoró en el año 2013 el diseño del programa Lectopesca en el corregimiento Puerto Girón, en el municipio de Apartadó.
- » Se pescan 20 bocachicos y 10 libros mientras se desarrolla Lectopesca. Se dice que es de buena suerte leer para sacar una gran cantidad de peces del río.
- » Un Paradero Para Libros Para Parques con 300 libros desembarcó en febrero de 2020 en Puerto Girón.

Un libro en cada puerto

- » En Puerto Triunfo, durante el año 2019, llegó el programa Jornada Escolar Complementaria y benefició a 35 niños y jóvenes del municipio.

- » En las bibliotecas de Comfenalco Antioquia transitaron, durante 2019, aproximadamente 3 536 553 usuarios.



De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Blanca Carolina Vargas Escobar

Soy bibliotecóloga, especialista en gerencia. Paisa de arepa y mazamorra, descendiente de tierras caldenses del municipio conocido como el Pesebre de Oro. En mi adolescencia descubrí la poesía como una oportunidad para escribir en secreto a esos amores no correspondidos. Soy como el chocolate dulce que puede derretirse de ternura con el calor de las palabras de quienes quiero. Mi amor, a ratos tiene cuatro patas y bigotes. Me sorprenden las circunstancias naturales de un instante sin pretensiones, vivo con sencillez y tranquilidad. Soy Blanca y pura.

Entre voces y letras, una utopía bibliotecaria

Entre voces y letras, una utopía bibliotecaria

Transcurría el año 1969, la humanidad daba pasos hacia lo desconocido: pisó por primera vez la Luna; los Beatles lanzaban a la industria musical canciones como *Here Comes the Sun* y *Something*; nació la diva del Bronx, Jennifer López; se publicó *El padrino*, del italiano Mario Puzo, y Jorge Barón estrenó en Colombia su patadita de la buena suerte en el conocido *Show de las Estrellas*. Era un año prometedor de sueños y venturanzas. Según cifras del Dane, en Medellín nacieron ese año 26 485 personas y los movilizadores de la economía estaban concentrados en la manufactura textilera, la expansión urbanística, el ganado, la leche, el tabaco y los licores.

El barrio de calle arriba, como se conoce a Castilla por su particular topografía, donde se divisan los de abajo y los de arriba, es un barrio de lomas elevadas que inspiró al escritor Helí Ramírez su libro de poemas *En la parte alta abajo*, en el que develó el lenguaje de la cotidianidad de una barriada que surgió con unas pocas casas ubicadas en la parte baja y luego empezó a poblarse de familias campesinas que migraron por la violencia política de la época. Los asentamientos se tomaron la zona del río Medellín hacia arriba y la familia Cock –Eliza y Alfredo–, dueños en su mayoría del territorio, lo lotearon y vendieron.

La Castilla de finales de la década de los sesenta, con su estilo arquitectónico horizontal, tenía su propio aroma y sabor a barrio –entre dulcecito y acidito–. Con casas amplias para albergar numerosas familias, algunas con patio, solar y sótano, que recordaban las generosas tierras campesinas, con huertos de cebolla y tomate, árboles de mango o de naranja, plantas medicinales y majestuosos jardines.

Sus habitantes, algunos obreros de las industrias textiles y de

Entre voces y letras, una utopía bibliotecaria

ganado, buscaban mantener sus hogares y reconfigurar su rol en la vida ciudadana. En la exploración de alternativas para diversificar sus oficios y aprovechar las oportunidades del mercado y la demanda en expansión, surgían ideas de emprendimiento local como tiendas, carnicerías, legumbreserías, peluquerías, heladerías y billares.

En la azotea de una casa ubicada en la carrera 65 con calle 95, emanaba un fuerte y penetrante aroma, de esos que son dulcecitos, tan similar al que despertaba en los Oompa-Loompas el cacao, pero este no provenía de una fábrica de chocolates, sino de una de bocadillos, humeantes, cautivadores, de los que te abrazan fuertemente y se hacen irresistibles para acompañar una mazamorra. El lugar donde nacieron los sueños de Saúl Puerta, empresario y fundador de Bocadillos el Caribe, sería años más tarde la infraestructura que albergaría un equipamiento bibliotecario para la zona noroccidental.

En 1988, año en el que la tierra tardó más en orbitar el sol, se publicó la novela *El incendiado*, del escritor Evelio José Rosero; en Bogotá se realizaron las primeras ediciones de la Feria Internacional del Libro y el Festival Iberoamericano de Teatro; el país atravesaba una ola de violencia detonada por la cruenta guerra entre paramilitares, Estado y narcotráfico. Fue un año de divergencias donde una biblioteca, que se gestó desde la guayaba, se instaló en el territorio un 29 de febrero.

Con su llegada al barrio, permitió a sus habitantes el acceso a los libros, el arte y la literatura; un espacio para el encuentro ciudadano, para el aprendizaje y la cultura, para sentir, imaginar y construir otras realidades sociales, que no cedían ante la violencia, siempre tan presente. Y es que la biblioteca se configura como aquel paraíso imaginado por Borges. El refugio de muchos y el escenario para entretener historias cargadas de amor y desamor, donde cada personaje que la transita deja huellas de cariño, pasión y dedicación.

Un día con Mario, el bibliotecario

Al mirar el reloj, Mario se percata de que faltan cinco minutos para las nueve de la mañana, se lleva las manos a la cabeza e inmediatamente sus ojos hacen un barrido rápido por la sede, busca que todo esté en su lugar: libros y mobiliario bien ubicados, prensa sellada y con los ganchitos de cosedora puestos. Y es que Mario es meticoloso, riguroso y acelerado. Se pone de pie y deja que su silla de rodachinas viaje por sí sola al escritorio, toma la llave que está al lado derecho colgando de un clavito y se dispone a bajar las escaleras rápidamente.

Zigzagueando sus cortas piernas, escalón tras escalón, llega a la puerta verde, retira un pedazo grande de madera, que hace las veces de tranca similar a una tabla de cama pero menos larga y más gruesa. Introduce la llave, la gira y de un jalón la abre hacia adentro, inclinando su cuerpo hacia atrás para no golpearse el rostro. No se sorprende al ver la cantidad de niños en chancas y pantalóneta, también hay tres adultos, los de siempre, los madrugadores.

El jubilado que consulta la prensa y que a pesar de pedirle que no la deshoje, al intentar diligenciar el crucigrama, lo vuelve a hacer; al parecer no escucha bien, pues siempre responde ante los reclamos con una sonrisa y una afirmación con la cabeza. También está el Gorras, un joven de tez trigueña, contextura delgada, lán-guido, que cubre su cabeza con una gorra. De aspecto misterioso, producto de su mirada perdida. Pero sus ojos parecen encontrarse al ver desfilarse a una mujer por los pasillos de la biblioteca. Al fondo, apoyada en un murito y observando desairadamente a los inquietos de chancas, está la doña; siempre bien vestida, falda roja a la rodilla, blusa oscura de botones, cabello suelto sujetado al lado izquierdo con una hebilla de color que le hace juego con sus aretes y su labial. A pesar de los días calurosos o fríos siempre usa medias

veladas y tacones, lleva en su mano derecha un paraguas y en su antebrazo un saco negro, la mano izquierda la ocupa con una bolsa negra que no devela su contenido.

La escena ya le es familiar. Con la firmeza que lo caracteriza pide alinear la fila por el orden de llegada, levanta su mano derecha con la palma abierta, enseña sus dedos pidiendo tiempo para subir primero las estrechas escaleras y, desde la parte de arriba, en el descanso del último escalón, realiza un movimiento rápido de cabeza, hombros y manos indicando a los ansiosos visitantes que ya pueden ingresar al recinto.

Suben las escaleras lentamente, organizados, guardando distancia y de forma silenciosa. Cada uno ocupa el lugar en el que suelen ubicarse siempre, como si los espacios esperaran a sus ocupantes. Mario busca rastrearlos desde su escritorio inclinando su cuerpo de un lado a otro con la ayuda de su silla de rodachinas. Al primero que localiza es al Gorras, está en la sección de revistas, sentado en la poltrona anaranjada con sus piernas entrecruzadas, cubriendo la mitad de su cara con la gorra negra con el puma blanco en su frente. En sus manos sujeta el libro *El perfume*, de Patrick Süskind. A su lado, está el jubilado con el periódico, en su oreja izquierda sostiene un lápiz de color amarillo con punta afilada que ocasionalmente va remojando entre sus labios para rellenar el crucigrama.

A unos cuantos metros, en la mesa cuadrada verde de la sala general, cerca a los estantes negros de referencia, divisa a la doña tratando de asegurar al espaldar de la silla su paraguas y sobre la mesa, como un tesoro muy preciado, acomoda su bolsa. Ella, silenciosa, solitaria, enigmática, se dedica a escribir durante el día en las hojas reciclables, que con tono de voz dulce pero sin fuerza solicita reiteradamente al personal de la biblioteca. En una ocasión, cuando se acercó a Mario para pedir su material de escritura, este le preguntó sobre qué tanto escribía; lo miró con simpatía y

Entre voces y letras, una utopía bibliotecaria

le respondió que era abogada y debía documentar muy bien sus procesos, en otro momento le dijo que era maestra y preparaba las clases para sus alumnos. La situación le recordaba al personaje de Anna Fox y su dicotomía entre lo real y lo fantástico en la novela *La mujer en la ventana*, del escritor estadounidense A. J. Finn.

Un ruido proveniente de la sala de computadores atrae su atención: son Guillermo, Jorge y Manuel José que, entusiasmados por un partido de fútbol en línea, celebran eufóricamente cada anotación. Mario se acerca a ellos y mediante el guiño de su ojo derecho y el dedo índice apuntando hacia sus labios, les pide hacer silencio. Además, lleva en sus manos el libro *Pablo Diablo y el partidazo de fútbol*, de la autora Francesca Simon, que les invita a leer más tarde, prometiéndoles vivir una aventura con el partido entre el Atlético Magnético y el Megatón Fútbol Club. Se muestran interesados por el libro, al terminar sus juegos corren a la sala infantil para ojearlo, lo leen, lo comparten, se ríen y van en busca de Mario nuevamente para que les muestre otros relacionados con este deporte. Encuentran *Muy famoso*, *Miguel juega al fútbol*, *Pupi quiere ser futbolista* y *El sueño de Iván*.

Son casi las tres de la tarde y ha estado recorriendo la biblioteca de un lado a otro. Ha realizado dos visitas guiadas a las instituciones educativas Pedro Claver Aguirre y Jesús María el Rosal. Les habló sobre las colecciones, cómo usar el catálogo e hizo un taller para la búsqueda de información de las obras de referencia. Son grupos numerosos y participativos, incluso algunos de ellos manifiestan su deseo de prestar el servicio social.

Ha orientado otros estudiantes que han llegado con sus padres en busca de información sobre la reproducción sexual y asexual, la división celular, el feudalismo, la antigua Grecia y la antigua Roma. Los textos escolares son sus aliados para dar respuesta a las tareas escolares: *Ciencias naturales 6* y *Civilizaciones 7* han rotado durante

todo el día, incluso ha tenido que reunir a varias familias en una misma mesa para que puedan realizar en conjunto sus consultas.

Reiteradamente también debe ir al baño a darle hasta tres puñitos a la puerta para que el Gorras salga, ya que en ocasiones tarda más de una hora, impidiendo que otros usuarios hagan uso de este. Inicialmente se pensó que dormía, aunque esta teoría la descartó cuando un día lo vio salir del lugar con una revista enrollada, que trató de ocultar introduciéndola en su *jean* y cubriéndola con su camiseta, pero la protuberancia lo delató por sí solo. Desde entonces, Mario está atento a sus movimientos.

De repente, empiezan a llegar los participantes al conversatorio Ancha es Castilla, que se realizará en el auditorio a las cuatro de la tarde. El tema propuesto es la participación ciudadana en la zona dos. Agiliza el paso y se dirige al auditorio a disponer de los equipos y a organizar las sillas para los asistentes, este proceso acostumbra a hacerlo de forma milimétrica. Las sillas se ven alineadas, el proyector, las luces y el sonido ya están listos para que inicie el evento.

Faltan diez minutos para las seis de la tarde y por el altavoz se anuncia que la biblioteca cerrará pronto, agradeciendo a los usuarios por su visita e invitándolos a que regresen el día de mañana. Mario pide a los usuarios rezagados que salgan, apaga las luces, cierra la puerta y suspira fuertemente por la misión cumplida.

El fatídico día

Andrea se abre paso entre princesas, bailarinas, vaqueros y superhéroes. Niños que lucen desde ya sus disfraces, ríen y tratan de hacer figuras de nieve con ramas de árboles que usan como palas e improvisados baldes para moldear y recoger el granizo que emblanquece las calles. El agua y los huracanados vientos han hecho de las suyas en toda la ciudad. Ella los observa con ternura, entiende que son de esos amores contrariados, entre los sollozos

Entre voces y letras, una utopía bibliotecaria

de las alegrías y las tristezas. Continúa caminando y a lo lejos ve la biblioteca, parece incólume, como si nada le ocurriera, se llena de una fugaz esperanza. A su encuentro viene Mario con un aspecto que denota cansancio y angustia, tiene la camisa de manga larga doblada hacia arriba en ambas manos, el pantalón está mojado al lado de los bolsillos y de la pantorrilla al tobillo. No hubo necesidad de cruzar una sola palabra, la fuerza del abrazo y la mirada compasiva en sus ojos revelaron la tragedia. La toma de la mano derecha como si fuera su lazarillo, la lleva hacia la puerta verde y, antes de abrir, le empuña con fuerza la mano tratando de animarla. Da un paso hacia atrás, la suelta y empuja la puerta indicando que puede ingresar.

Sube uno a uno los peldaños de las estrechas escaleras, a medida que avanza el agua se filtra por sus botas cafés de ojajillos. No ha terminado de subir los escalones y sus medias ya están húmedas, el agua parece salir de la nada. El panorama es devastador, le recuerda la casa de Juvenal Urbino después de la visita de los bomberos al rescate del loro políglota en *El amor en los tiempos del cólera*. El piso está lleno de pequeños pedazos de piedra y placas de yeso. Al caminarlo tiene cuidado pues es resbaladizo e inestable, al observar hacia el techo descubre que parece descapotable para ver estrellas y dejar que entre la brisa. El olor de la humedad trata de engañarla con sensaciones de frescura, dulzura y suavidad. Se sienta sobre una mesa cuadrada verde, de las pocas que aún se mantienen de pie. Respira profundamente, cierra sus ojos tratando de huir a la realidad; unas cuantas lágrimas se deslizan por sus mejillas abriéndose paso entre sus pecas. Los abre nuevamente y de un sacudón se seca las lágrimas, se descuelga de la mesa y sigue su recorrido.

Llega a la sala infantil, un espacio pequeño, colorido, lleno de estantes con libros y unos cuantos muebles. En el suelo naufragan *Tito y Pepita*, *Juul*, *Niña bonita*, y hasta el pato que se volvió amigo de la muerte. Uno a uno, y con mucho cariño, los va tomando en sus

Entre voces y letras, una utopía bibliotecaria

manos arrumándolos sobre el sillón verde. Recuerda la emoción de los niños y sus familias en programas como la Hora del Cuento y Al Calor de las Palabras: un rinconcito mágico, el menos silencioso de la biblioteca y donde muchos aprendieron a amar la lectura a muy temprana edad.

Da un par de pasos hacia la sala general y se encuentra con una de las áreas visiblemente más afectadas, su desnudez es evidente, el agua la ha alcanzado en cada extremo. La colección de literatura se ha llevado la peor parte, los estantes cedieron y expulsaron los libros como si estuvieran cansados de cargar el peso de sus historias: Borges, Verne, Allende, Tolstói, Dickens y otros cuantos han perdido la pelea, sus letras van desapareciendo hoja tras hoja. Al otro lado, los periódicos emblandecen y las revistas se muestran más resistentes, seguramente el material de sus portadas las resguardó.

Andrea se pierde en los recuerdos, por minutos queda inmóvil. Sujeta con fuerza una revista de bordados, rememora rápidamente las tertulias, los costureros, los clubes de lectura y esos otros encuentros que se gestaron en este lugar. Una sonrisa pícaro se dibuja en su rostro, recrea amores fortuitos de los que fue testigo, galanes y conquistadores que usaban la biblioteca como excusa para seducir y enamorar. Sonríe nuevamente y empieza a caminar hacia lo profundo. Sus pies están cada vez más mojados, sus botas hacen sonidos al andar, empieza a sentir un frío incesante, sus labios se ponen morados y su dentadura rechina con potencia. Trata de calentar sus manos frotándolas una con la otra repetidamente. Al caminar se topa con una puerta ancha y en forma de acordeón, la abre lentamente, tiene miedo de lo que pueda encontrar. Se sorprende, cada cuadro está en su lugar, conservan su alineación, lucen firmes, irradian belleza. Son las pinturas al óleo de un colectivo artístico de la comunidad que transformaron el salón

Entre voces y letras, una utopía bibliotecaria

en una galería de arte: paisajes, bodegones, figuras abstractas. Y es que mes a mes este espacio se engalanaba con esculturas, pinturas, música, danza y poesía y permitían el surgimiento y la consolidación de programas como el Encuentro de Poetas y la Bial de Artes Plásticas. La sensibilidad y la estética están presentes en el ambiente.

Es la primera vez durante su recorrido que recobra la ilusión, la historia la reconforta, ya no siente más frío, su cuerpo ha recuperado temperatura. Avanza con mayor seguridad. Repite todo el trayecto con mirada esperanzadora. Desciende las escaleras con cuidado, cierra la puerta y promete un nuevo inicio para la Biblioteca Comfenalco Castilla.

Eleonor

Entusiasta, carismática y habladora, de unos cincuenta años, textura mediana, tez blanca, ojos verdes, cabello rubio corto, labios gruesos y bondadosa sonrisa. La caracteriza su elegancia al vestir y su caminar erguido. Durante más de tres décadas se ha dedicado al teatro, la música, la poesía y la danza. Estudió cinco semestres de licenciatura en Música en la Universidad de Antioquia, pero fue la literatura y la lengua castellana las que terminaron por seducirla. Su casa, a la que llama refugio, está ubicada en el barrio Castilla en la transitada y ruidosa avenida 68. Siempre ha vivido allí, sus padres, de origen campesino, provenientes del municipio antioqueño de Carolina del Príncipe, llegaron a inicios de la década de los sesenta y se instalaron en el territorio. Ha ejercido su labor docente en salones no convencionales. En su casa recibe a niños y jóvenes de la comunidad, a quienes con esfuerzo y dedicación enseña la sensibilidad hacia las artes. Es recursiva y aguerrida en la búsqueda de recursos para apoyar la cultura y el arte. Lideresa social, participante activa de mesas de trabajo y colectivos. En ocasiones

Entre voces y letras, una utopía bibliotecaria

se le escucha renegar de la política y del presupuesto participativo, pero es una convencida de los procesos comunitarios y de la importancia de hacer trabajo colaborativo.

Llegó a la biblioteca de la mano de su sobrina, una asidua usuaria del servicio de préstamo que la invitó a conocerla. Desde entonces descubrió otro refugio, una cómplice y aliada para continuar soñando. Inicialmente, se acercó para reservar el auditorio para sus ensayos teatrales, pero al pasar del tiempo fue involucrándose con otros servicios, clubes de lectura, exposiciones y talleres de lengua de señas. Con ella llegaron otros líderes a apropiarse del espacio en el cual se podía debatir, interrogar, construir soluciones conjuntas.

La Biblioteca Comfenalco Castilla se convirtió en uno de los centros de operaciones de los líderes comunitarios. Los encuentros sobre política, cultura, economía eran permanentes y nutrieron programas de formación ciudadana con diversidad de temáticas de interés para la comunidad. Con ellos y para ellos surgió el Encuentro de Líderes y Organizaciones de la Zona Noroccidental.

Para el año 2007, corrió el rumor entre la comunidad de que la biblioteca se cerraría por el surgimiento de los nuevos parques biblioteca en Medellín y, en especial, por la llegada de uno de ellos a la Comuna 7, el parque biblioteca Tomás Carrasquilla. Eleonor decidió volver suya esta causa y defenderla con argumentos, no permitiría que se repitiera la historia contada en *Crónica de una muerte anunciada*, donde todos sabían qué iba a pasar pero nadie hizo nada para cambiarlo. Reunió a varios líderes y fue la abanderada de una campaña que recorrió con un ataúd los lugares más representativos de la comuna, simbolizando la posible desaparición del equipamiento bibliotecario. Con ello logró captar la atención de los medios de comunicación y del director de Comfenalco Antioquia de aquella época, quien aceptó la invitación para escucharla.

Entre voces y letras, una utopía bibliotecaria

Se dieron cita en la biblioteca y Eleonor logró reunir a más de una decena de usuarios quienes, a través de sus testimonios, convencieron al director de la importancia de la biblioteca para la transformación del territorio.

Con el transcurrir de los años ha motivado a los habitantes del sector para que sean parte activa de la biblioteca. Es propositiva y siempre tiene ideas para aportar a su desarrollo.

En el 2014, cuando ocurrió el fatídico día en que la biblioteca perdió su techo a causa de una ola invernal, ella, en compañía de otros líderes, crearon el movimiento cívico La Biblioteca Castilla sí se Vuelve a Abrir, el cual reunió a representantes de la comunidad, quienes con tenacidad han logrado llevar el mensaje a través de redes sociales y medios de comunicación sobre la necesidad de recuperar su biblioteca.

Eleonor brinda todos los días por lo que ha conseguido. Pronto tendrá nuevamente su biblioteca. Esto la reconforta, la conmueve el cariño de los habitantes por el lugar y evidencia la importancia de entretejer y fortalecer las relaciones en defensa de la apropiación por los espacios bibliotecarios.

Hoy, la Biblioteca Comfenalco Castilla ha demostrado que es más que un espacio físico; es un lugar sin techo, sin paredes, sin estantes, sin mobiliario, pero que persiste en cada rincón del barrio, en la memoria de sus habitantes, como el tejido que entreteje los hilos de las voluntades de toda una comunidad. Mañana renacerá con nuevos espacios, nuevos libros, nuevos servicios, tendrá un techo y muchas paredes con historias, pero ella seguirá caminando calle arriba, por cada cuadra, en cada casa, en cada colegio, revelando que su hito más importante son las personas que han cimentado las columnas más sólidas de un lugar que llegó para transformar realidades.

Entre voces y letras, una utopía bibliotecaria

Algunos hitos de la Biblioteca Comfenalco Castilla

- » **1988:** El 29 de febrero se inaugura la Biblioteca Pública Comfenalco Castilla.
- » **1997:** Se realiza la primera edición del Encuentro de Poetas de la Zona Noroccidental.
- » **1998:** Surge el Salón de Artes Plásticas de Medellín, hoy llamado Bienal de Artes Plásticas.
- » **2014:** El 29 de octubre, debido a una fuerte granizada, la estructura del techo colapsa.
- » **2015:** Se realiza apertura de la Sala de Lectura Castilla en el parque Juanes de la Paz.
- » **2020:** Inician las obras de potencialización de la sede física.
- » **2020:** La potencialización de la biblioteca continua a pesar de a la crisis generada por la pandemia de la covid-19.



De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Juan Rafael Fernández Pérez

Soy bibliotecólogo, especialista en gestión cultural, amante de las bibliotecas, los libros y el trabajo con las comunidades. Afortunado coordinador de los equipos de trabajo del Parque Biblioteca Belén, Casa de la Lectura Infantil, Biblioteca Centro Occidental, la Biblioteca Pública La Aldea y otras bibliotecas e historias que han pasado por mi vida. Como bibliotecario y promotor de la palabra escrita, pasan por mi retina repetidamente los libros de Eduardo Galeano, Carlos Fuentes, García Márquez, Fernando Vallejo y otros que llegan a mis manos y que disfruto hasta saciarme.

Viernes sombrío

Parece que estuviera reventado por dentro, como si quisiera devolver el tiempo. Estaba conduciendo por la carrera 65, hacia la Biblioteca Comfenalco, creyendo ver en cada esquina un dedo acusador señalando la intromisión que nunca debí hacer. Me las quise dar de considerado, de cercano y terminé como un villano y como un ruin. Así me sentí en este recorrido por esa calle en el barrio Castilla, incómodo y con el rostro caliente.

Quiero comenzar esta historia expresando que las bibliotecas públicas son instituciones que ofrecen sus servicios sin ánimo de lucro y prestan libros porque confían en las personas. Pero ese generoso servicio de prestar libros para disfrutarlos en casa, se torna a veces riesgoso y peligroso. Hay textos de los cuales los usuarios no quieren desprenderse y desean atesorarlos, porque cuando se enamoran de un libro desean conversar con él, acariciarlo y abrazarlo. Cuando esto sucede es difícil devolverlo, soltarlo, entregarlo, se convierte en objeto de posesión como si el libro ocupara el papel de una amante. Pero es mejor poseer el universo y seguir el consejo de los abuelos: «mijo, es mejor tener amigos y crédito». Entonces, cuando lo regresamos a la biblioteca, siempre arraigamos la posibilidad de encontrar en la exploración de los estantes otros libros para serle infiel.

El libro *La biblioteca pública que queremos*, que la bibliotecóloga Gloria María Rodríguez Santa María escribió con la ayuda de Irene Vasco, editado por el Ministerio de Cultura, indica en su capítulo sobre servicios, que

el servicio de préstamo externo es una de las mejores formas de promover la lectura ya que abre la posibilidad de que las personas lleven libros entre sus objetos personales, los compartan en casa con familia-

res y amigos y destinen parte del tiempo libre a la lectura o a la consulta de los materiales prestados. Este es por excelencia el servicio que distingue a la biblioteca pública.

Más adelante indica que «el préstamo externo puede generar algunos “riesgos”: materiales que no son devueltos, lectores que desaparecen, libros extraviados...». Sobre esto último, las bibliotecas públicas de Medellín, del país y del mundo crean estrategias para reducir el robo de libros y hacen continuamente campañas para concientizar a los ciudadanos sobre la pérdida y devolución de materiales. En 2018, por ejemplo, el Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín anunció que más de catorce mil materiales no fueron regresados a las bibliotecas y en Comfenalco más de mil libros.

Cada año, después de un inventario nos entregan el reporte de los libros ausentes. Qué cólera sentimos los bibliotecarios cuando vemos ese informe; peor que la sensación que sentimos cuando nos meten debajo de la puerta una fotomulta o un embargo.

Por allá en el 2005, a la Biblioteca Comfenalco Castilla le fue en el inventario como a los perros en misa. Cuando terminó la reunión en la cual mi jefe expuso los resultados del inventario salí muy achantado, me fui apabullado por mi biblioteca y por mi orgullo; pues fue una de las sedes donde más libros desaparecieron, porque los usuarios no devolvieron los materiales o por robo. En el camino sabía que lo primero que tenía que hacer era reunirme con mi equipo y buscar estrategias y fórmulas para recuperar aquellos materiales y lo que haríamos para que nos «robaran» menos.

Al día siguiente de ese mes de marzo, cité a una reunión extraordinaria a primera hora a los muchachos de la biblioteca. Les proyecté los resultados del inventario con tablas y gráficas y les pregunté: «¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a recuperar esos libros? ¿Qué se les ocurre?» Entre almojábanas, buñuelos y café,

conversamos y discutimos las mejores opciones para recuperar lo perdido. Después de una hora teníamos mágicamente el tablero lleno de fichas con posibles soluciones y alternativas. Yo viendo eso lleno ya me sentía envalentonado, brabucón y copetón. Y en ese frenesí me dio por decirles que si era necesario yo personalmente iba a reclamar los libros a la casa de los usuarios. ¡Qué fue lo que dije! ¡Qué bocón! De eso me arrepiento hoy profundamente, pero eso me sucede por ser generoso y apasionado.

Es que eso de buscar estrategias para que no se roben los libros y recuperar materiales que no devuelven es muy tenaz. Siempre esperamos que los usuarios sean sensibles con este servicio en el cual se les brinda toda la confianza; pero algunos los atesoran y otros con sigilo los despojan de las entrañas de los estantes. Pero nunca hay que dar el brazo a torcer para que los libros regresen sanos y salvos.

Pasaron varios meses y en una reunión para hacer el informe semestral le dimos la palabra a Jorge, quien se encargaba en ese entonces del préstamo en la biblioteca. La idea era escuchar los logros que habíamos obtenido hasta ese momento. Corrió al tablero, los escribió, pero cuando llegó a las actividades del inventario, nos sacudió y ahogó.

–Muchachos y muchachas, recuperamos muy poquitos materiales, me tienen que ayudar. Algunos usuarios me han respondido que no tienen tiempo para traerlos o que se encuentran viviendo en otro barrio y les queda muy difícil venir hasta aquí. Veo, ayer llamé a un usuario y me contestó la mamá, que él ya no vivía con ella y que le queda muy difícil traer los materiales a la biblioteca.

–¿Vive muy lejos de aquí? –le pregunté a Jorge.

–No, por toda la 65, en Florencia –me respondió.

«Qué desconsiderado ese usuario, no haber traído el libro y dejar embalada a la mamá, quién sabe con qué más la dejó penando», pensé.

–Jorge, ¿y de cuántos libros estamos hablando?

Viernes sombrío

–Espéreme yo reviso. –Examinó sus notas y respondió– ¡Nueve libros!

–¡Uyyyy!, inueve son nueve!, ¿es posible entonces solicitar un domicilio para que los recojan?

–No, yo ya pregunté y no van por esa ruta –respondió Ana.

–¡Ahh!, ¿y alguien vive por allá?

–Yo paso cerca, pero muy tarde, después de regresar de la universidad –respondió Hernán.

–Bueno, ¿entonces qué vamos a hacer? ¡Nueve son nueve!, –agregué.

Se escuchó un silencio. Alguien carraspeó su garganta como comiéndose una polvorosa en La Pintada o Bolombolo. Se sintió un pocillo besando un plato, un traquear de huesos y un zancudo merodeando mi yugular. Pasó un largo minuto y nadie dijo nada.

–¡Yo voy! Dame la dirección que yo arrimo por ellos. No es sino que llamen a la señora para ver a qué hora los recojo el viernes –les dije con mi voz alta, como si tuviera un amplificador incorporado.

«Si estos no pueden, yo voy –pensé– tengo que dar ejemplo, además yo fui el que propuse que si tocaba ir a la casa del usuario había que ir».

Llegué el viernes siguiente y ya no me acordaba del compromiso para recoger los libros. Me pasé la mañana atendiendo otros asuntos.

–Recuerde que usted va a ir por los libros. Ya hablé con la señora y me dijo que lo podía atender después de las cuatro– me dijo Jorge a eso de las tres de la tarde.

–Uy, Jorge, ya no me acordaba –le respondí–. Dame entonces un momento yo término unas cosas aquí para ir por ellos.

Ya con este compromiso, comencé a finiquitar los correos y llamadas para dejar todo listo, pues sabía que al regresar con los materiales no me iba a quedar mucho tiempo para estos menesteres.

Viernes sombrío

Guardé mis cosas en el bolso, apagué el equipo y le pregunté a Jorge la dirección. Me la entregó en un papelito, donde también estaba el nombre del usuario y el de la señora que los iba a entregar.

Miré para el cielo por la ventana y vi un firmamento gris amagando lluvia.

–Bueno, Jorge, me voy rápido antes de que me coja el agua.

Salí de la biblioteca, me subí al carro y vi en el horizonte una gran construcción que llevaba algunos meses en obra. Di mejor la vuelta a la manzana para coger nuevamente la carrera 65. A mi derecha ondeaba la autopista Norte atiborrada de automóviles, buses y camiones que vienen de los municipios vecinos o de la costa Atlántica y de Bogotá. A la izquierda, en una gran pendiente, el barrio Castilla, donde se encuentra la Biblioteca Comfenalco. Es un barrio que se alza en las montañas noroccidentales y envuelve a la ciudad de Medellín, construido por obreros y campesinos desplazados por la violencia que se desató en Colombia a mediados del siglo xx. Castilla siempre ha tenido una vida barrial tradicional y un fuerte emplazamiento de organizaciones y líderes culturales con un amplio reconocimiento en la ciudad. Este es el barrio que tanto he amado, donde conquisté amigos y amigas, que me entregó alegrías y tristezas, amores y desamores, valor y temor.

Pasé el Centro de Salud y el Instituto Tecnológico Metropolitano, donde antes quedaba la plaza de mercado de Castilla. Continué hacia el norte, donde se va estrechando la vía. Pasé la calle 104, que desemboca en Zenú, me topé con el campus del Sena de Pedregal y seguí en vía recta. El cielo se oscureció más y comencé a mirar de reojo la dirección para no pasarme. «Ya me estoy acercando», pensé. Giré la cabeza de un lado a otro buscando las placas de las calles y las carreras. Hice mis cálculos, bajé la velocidad y me fui más despacio, como si estuviera buscando casa para comprar o alquilar.

Por fin vi la calle y las placas: «¡La encontré, esa coincide!», dije.

Busqué dónde parquear. Me bajé del carro, me requisé para

verificar que llevara la escarapela de Comfenalco puesta, para que me pudiera identificar la señora. Caminé por la acera y luego comencé a subir al segundo piso donde estaba pegado el número que estaba buscando. Toqué el timbre y enseguida observé cómo se corrió la cortina de la ventana y se asomó una mujer ya muy adulta. Me preguntó:

–¿Qué se le ofrece?

–¿Doña Alicia? Vengo de la Biblioteca Comfenalco a recoger unos libros. Jorge habló con usted.

–¡Ah, sí! Espéreme un momento –Abrió la puerta, me hizo entrar a la sala–. Espéreme un momento yo los voy a recoger al cuarto. Siéntese mientras los traigo –agregó.

La señora se alejó algo apresurada al fondo del pasillo. Me senté en una de las sillas de madera, forradas en cuero sintético marrón. Comencé a detallar la humilde vivienda y se sentía la limpieza. En la mesa de centro había una escultura de porcelana blanca sobre una carpeta de croché, que muy seguramente fue tejida por la anfitriona. A mi derecha se encontraba un viejo mueble con un tocadiscos y unos vinilos apilados ordenadamente, de todo el gusto de un coleccionista de boleros y de salsa. En las paredes tenía un cuadro de la última cena, una pintura de una modelo semidesnuda y un cuadro de un paisaje marino.

Al momento sentí que se aproximaba la señora con un paquete en las manos.

–Mire, mijo, los libros. Qué pena que haya tenido que venir hasta aquí.

–No se preocupe, lo hago con mucho gusto –le respondí.

–Mire a ver que no le falte ninguno –me dijo y a continuación destapó el paquete, sacó los libros, los puso sobre el sofá. Le repetí que no se preocupara, pero ella insistió–. No, cuéntelos si me hace el favor.

Conté los materiales y empaqué los libros nuevamente, uno por uno, viendo los títulos que estaba recuperando casi con emoción.

Viernes sombrío

–¿Le provoca un tintico? –me preguntó la señora.

–No, ya a esta hora no tomo café, muchas gracias –respondí–. Bueno, mi señora, yo me voy, le dice a Jairo que recogimos los libros y que allá en la biblioteca lo esperamos para que siga prestando. Dígale que no le vamos a cobrar morosidad.

En ese momento quería ser amable, pero en realidad estaba agradecido y feliz por haber recuperado todos esos libros. Además, ya se estaba terminando la semana y estaba cumpliendo con el compromiso que tenía con los compañeros.

Doña Alicia cambió de semblante y bajó su cabeza.

–No, mijo, él ya no va a volver por estos lados, ni por la biblioteca –me respondió.

–¡Ah!, pues dígale que de todas formas por allá lo esperamos cuando pueda volver. ¿Él se fue para otra ciudad o está fuera del país?

–No, mijo, hace dos meses me lo mataron a dos cuadras de aquí.

–¡Ay, Dios! –le respondí inconscientemente.

Creo que la cara me cambió de inmediato, como cuando a un mueco le quitan la caja de dientes. Sentí un ardor por todo el cuerpo, mis manos perdieron la fuerza, un espasmo se me clavó en la espalda. Ya no fui capaz de mirar la cara de doña Alicia. Le dije que lo sentía mucho. Solo esas palabras salieron de mi boca. Cargué el paquete, no sé cómo, me despedí y le di las gracias.

–No, mijo, gracias a usted que vino hasta aquí. Que la Virgen lo acompañe –me contestó ella.

Comencé a bajar las escalas, una por una, fue eterno, no sé cuántos escalones fueron: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Luego caminé por la acera hacia mi carro y no tuve la valentía de mirar para atrás. Abrí la puerta, me subí, arranqué y no supe en principio qué dirección debía tomar para devolverme, solo me llené de cólera y pensé: «la próxima vez pago para que los recojan».

Comencé a conducir de vuelta y no supe cómo hice para encontrar la vía de regreso a la carrera 65. Mis ojos ya no detallaban

Viernes sombrío

los demás vehículos, ya no observaba la gente, estaba absorto y mi pensamiento estaba recorriendo la escena en la sala de la casa de doña Alicia, escuchando de su voz que estaba recogiendo los libros de un difunto. Yo esperaba que Jorge no la hubiera acosado en muchas oportunidades para que le devolviera los libros. No le pregunté a la señora, hubiera sido muy imprudente, la razón por la que mataron a Jairo. Se me atravesaron escenas y conjeturas sobre su muerte. Me detuvo un semáforo y pensé: «Qué vergüenza siento si Jairo me estuviera viendo desde el más allá». Respiré y seguí pensando: «No conozco del sueño de los muertos, pero sí las pesadillas de los vivos». Así, con estos pensamientos, seguí rumbo a la biblioteca donde los libros reposan en silencio.

Algunos datos:

Según el Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín, en 2016 más de 20.000 materiales no fueron devueltos por los usuarios a las bibliotecas, lo que corresponde al promedio de ejemplares de una biblioteca de gran formato en la ciudad o en el país. Para 2018, fecha del último registro, habrían sido más de 14 mil materiales no devueltos. En el caso de Comfenalco, son más de mil.



De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Lina María Pérez Ciuffetelli

Soy bibliotecóloga, egresada de la Universidad de Antioquia, coordinadora del Desarrollo de Colecciones y del Servicio de Información Local del Departamento de Bibliotecas de Comfenalco, Antioquia. Como líder bibliotecaria integro en mis conocimientos todas las facetas del mundo de las bibliotecas, desde el rol comunitario, hasta el fortalecimiento y creación de colecciones impresas y virtuales. He prestado servicios en diferentes proyectos bibliotecarios en Antioquia y en Colombia.

En el ámbito nacional, me he desempeñado como formadora de bibliotecarios municipales en el campo del desarrollo de colecciones y organización de bibliotecas. En Antioquia lideré la creación y organización de bibliotecas municipales en las diferentes subregiones del departamento, además, la creación, dotación de colecciones, infraestructura y mobiliario para más de quinientas bibliotecas rurales.

Desde mi rol como coordinadora busco que las bibliotecas cumplan con su función social, la cual se refiere al «acceso universal a la información y al conocimiento».

¿Sabes quién habita las bibliotecas por las noches?

¿Sabes quién habita las bibliotecas por la noche?

Todas las noches en mi despertar, entre anaqueles de la biblioteca, escucho como se pasean por encima de grandes obras de la literatura mis amigas las cucarachas, y las ratas de todos los tamaños, algunas tan grandes como el atlas geográfico de Agustín Codazzi o como la Tierra vista desde el cielo, o tan pequeñas como los libros de la colección de minilibros Ponte Poronte. Las «raticas» dejan esparcidos su orina y su excremento y vuelven picadillo las hojas de los libros para que ningún ser humano pueda disfrutar de ellas.

Las cucarachas, en su festín de apareamiento, con un sonido agudo como el de un grillo, me ponen alerta. No lo niego, siento susto, pienso que es nuevamente ese ser gigante y feo que viste de azul, con una especie de caucho o plástico en sus manos, también de color azul, una máscara que le cubre el rostro y un pedazo de tela en su nariz y boca. Ese ser gigante, todas las noches, espolvorea un polvo blanco muy fino de olor penetrante que cubre mi cuerpo plateado y me ocasiona un fuerte cansancio, hasta desmayarme.

El pasado martes sentí un gran temor cuando escuché la voz tierna de un niño que cogió del anaquel uno de los libros que más me gusta para dormir: *Mi primera enciclopedia de dinosaurios y el mundo prehistórico*; me encanta porque sus pastas son aterciopeladas, de color rojo, sus hojas son satinadas, llenas de impresiones de colores oscuros que me permiten sumergirme en grandes sueños.

El niño leía en voz alta, era como de seis años y su lectura no era muy fluida, estaba acompañado de su mamá en el taller literario sobre animales prehistóricos que se realiza todos los martes en la

¿Sabes quién habita las bibliotecas por las noches?

mañana en la biblioteca. Después de ese gran susto y de saltar de hoja en hoja para que el niño no me viera, de pronto sentí un golpe en la cabeza, me había salido del libro y quedé atrapado entre el anaquel y otros libros de animales prehistóricos. Me angustié, pensé que iba a perder mi vida en manos del pequeño lector o de su madre o de algún dinosaurio, no lo niego, no es la primera vez que me sucede, tendré que estar más atento y valerme de la agilidad que poseo.

Camino con el movimiento de los peces en el agua y lo único que sé es que soy uno de los tantos depredadores que les encanta habitar en las páginas, no solo de las famosas obras literarias que cuentan la vida de Ulises, por ejemplo, sino en obras de nombres sugestivos como *Crimen y castigo*, *Caballo de Troya*, *La divina comedia* y otras tantas. Me gustan los anaqueles y espacios de las bibliotecas donde predomina la humedad, allí siempre estoy acompañado de temibles escorpiones, ácaros, hormigas blancas, termitas, grillos y el tierno piojo del papel, todos ellos igualmente fascinados por las finas capas de celulosa extraída de los árboles, el colágeno en las pastas de piel, el almidón, la cola animal o vegetal de las hojas de los libros y el mobiliario de madera.

En uno de tantos días de mi existencia, estando muy tranquilo y bastante cómodo detrás de los baldosines del baño de la biblioteca, donde guardan cajas con libros, periódicos, revistas, implementos deportivos, computadoras en mal estado, botellas y la caneca de los desperdicios, me sobresalté, casi se me sale el corazón al escuchar ruidos. Me detuve y observé como se divertían mis amigos entre anaqueles, obras literarias, archivos, mesas y escritorios en la tranquilidad de la noche. Escuché el chillido de Valentina, la cucaracha, cuando raspó el lomo y se comió la impresión dorada de la famosa obra literaria *La metamorfosis* de Kafka y vi como dejaba sus excrementos esparcidos en todas sus hojas en compañía

¿Sabes quién habita las bibliotecas por las noches?

de Martín, el grillo, y como Ofelia, la termita, obrera de profesión, construía túneles y figuras de castillos muy ligeros sobre la madera de las estanterías, cajones y archivadores valiéndose de sus mandíbulas para extraer la celulosa de la madera y el papel.

Al día siguiente en la tarde noche, cuando ya pude salir sin ningún temor porque la oscuridad me lo permitía, vi en el interior de los *Diálogos* de Platón, libro que extrañamente ha permanecido por mucho tiempo sin ser leído, al tierno y dulce piojo del papel, el cual suele medir entre uno y tres milímetros, tiene dos antenas de longitud ligeramente inferior a la del cuerpo, con una cabeza bastante ancha que suele destacarse sobre el abdomen, que es alargado. Lo que más admiro del discreto piojo de papel es su capacidad de destruir finamente la superficie de las hojas de los libros dejando intacta su área de impresión.

Esta gran mansión que habito no solo está llena de corredores, pasadizos, rincones oscuros, tejados de tablilla, tejas de barro, paredes altas de varios colores donde cuelgan fotografías de grandes escritores, plantas que decoran los espacios, sillas, mesas, muebles, archivadores, estanterías de todo tipo, tamaño y color sino que también está llena de alegría, aprendizajes y seres humanos, bebés que son arrullados por sus padres en los talleres de lectura en voz alta para la familia, voces llenas de calor y cercanía, ciudadanos que buscan en los libros un poco de sosiego y distracción.

En esta mansión que habito y que se llama biblioteca, todos los días me sorprendo con la atención cordial de los bibliotecarios que siempre quieren solucionar las inquietudes de los visitantes. Aquí también hay todo el tiempo eventos de gran calidad académica para el aprendizaje de promotores de lectura y líderes comunitarios. En este lugar también están mis amigos y enemigos, los que más me dan miedo son los roedores, por su tamaño, por su olor horripilante, por sus pelos, por sus dientes puntiagudos, porque

¿Sabes quién habita las bibliotecas por las noches?

contaminan los libros cuando depositan sus excrementos y orinan sobre ellos, porque vuelven picadillo las hojas, porque destruyen mis refugios, mis bosques, mis parques, mis habitaciones.

A diferencia del temor que le tengo a los roedores, tengo tres grandes amigos del alma y de profesión. El gorgojo del mobiliario, muy común en países de clima templado. Sus larvas, cuando comienzan un viaje al interior de las obras literarias, producen túneles y cortan el papel cual troquel que atraviesa todo el libro, formando figuras fantásticas. El escarabajo araña, que hace figuras profundas taladrando las cubiertas de piel, hasta llegar a las costuras del lomo y el interior del libro. Las larvas de la carcoma de cuerpo piloso y tosco, que viven en las estanterías y muebles de madera. Ellas forman galerías donde guardan la celulosa, que es su alimento, evitan la luz, como yo, y dejan la superficie externa de la madera intacta o casi intacta; su presencia se pone de manifiesto por agujeros redondos por donde arrojan al exterior una capa de fino polvillo.

Bueno, he hablado mucho de esos otros seres que se comen las letras, las palabras, las hojas; pero yo no me quedo atrás, ya es el momento de que conozcan mi nombre, mis gustos alimenticios y literarios. Me presento, soy el ser más despreciado por los bibliotecarios, mi nombre común es pescadito de plata. También me conocen como cordón de plata, cucaracha de agua o sardineta. Mi nombre científico es *Lepisma saccharina*, mis primeros parientes nacieron hace más de cuatrocientos años, como la obra literaria *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra, y un poco menos del surgimiento de la cartografía; por eso soy un insecto centenario que troquela y dibuja cartas y mapas en los libros. Puedo vivir entre dos y ocho años, mido diez milímetros de largo, mi cuerpo es alargado y angulado cubierto de escamas, no tengo alas y poseo unas largas antenas. Mi nombre se debe al brillo gris metálico de mi cuerpo, como el brillo gris del planeta más pequeño

¿Sabes quién habita las bibliotecas por las noches?

–Mercurio–. No me gusta la luz, por eso en el día no me pueden identificar, no solo vivo en los libros sino también en lugares con moho y alimentos amilosos, como la cola para encuadernar libros.

Me encanta el papel de las obras literarias de gran o pequeño formato ya que contienen mis alimentos predilectos: la celulosa y la silicona; poseo como una especie de pulidora mecánica en mi boca que me permite hacer agujeros en los libros desde su portada o pasta hasta la última hoja del libro, formando cartas de navegación o mapas. Puedo decir que somos insectos depredadores de libros con profesión de cartógrafos. Cuando nos sumergimos dentro de las obras, por donde avanza nuestra comidilla, vamos dejando una huella imborrable.

A pesar de los cuatrocientos años de mi existencia poco conocen de mi reproducción, que es bastante fascinante: los machos, como yo, producimos espermátforo, que adhiere colgante a un hilo alargado que prendemos de las estanterías, libros, ventanas de las bibliotecas u otros objetos verticales. Como todo un macho, mediante mil maniobras de cortejo, conduzco a mi enamorada a tropezar con el espermátforo, ella lo recoge con sumo cuidado y lo lleva hasta su abertura genital, donde lo introduce, produciendo así la fecundación de cien huevos o más que, posteriormente, se convierten en larvas y en su transformación metamórfica en nuevos integrantes de mi familia.

En la familia somos muchos: hay bebés, niños, jóvenes, adultos y adultos mayores. En estas noches de mucha tranquilidad y silencio nos reunimos como familia en los baños de la mansión que habitamos –la biblioteca–, para buscar el alimento y darnos calorcito alrededor de un canelazo literario.

Una vez nos quedamos atrapados en una superficie gigante que tenía una especie de pegamento, nos aferramos unos a otros para hacer presión sobre esta y tratar de escapar, luchamos por mucho rato, pero nuestras patas estaban adheridas a esa superficie que nos tuvo inmóviles por un largo periodo de tiempo. Solo

¿Sabes quién habita las bibliotecas por las noches?

poco antes del amanecer, cuando estaban a punto de encender las luces de la biblioteca, nos escapamos, ya casi desmayados corrimos como peces a ocultarnos en el *Caballo de Troya*. Estuvimos allí discutiendo y rayando una estrategia de huida. Los más jóvenes planteaban acciones arriesgadas como salir corriendo sin temor. Los adultos más cautelosos planteaban acciones más cuidadosas y sensatas como esperar a que volviera a caer la noche y las personas enormes se alejaran para poder huir.

Pero ese día, escuchamos los pasos y la conversación de los gigantes cubiertos con caretas, tapabocas, gorros, guantes y vestidos de azul. Hablaban de unos asuntos que no entendíamos, algo así como que querían exterminarnos. Nosotros los observábamos dentro del lomo del libro. Conversamos en voz baja para que no nos descubrieran. A los más chicos tuvimos que taparles suavemente sus bocas para que no hicieran ningún ruido, pero aquellos hombres continuaban buscándonos por todas partes: debajo de las cajas, implementos musicales y cuantos chécheres se encontraban allí. Después de un buen rato se cansaron de buscarnos, no tuvieron la paciencia de un tal Sherlock Holmes y se alejaron. Fue una jornada muy larga para nosotros y de mucha tensión.

Para calmar la ansiedad, salimos del *Caballo de Troya* y nos ubicamos en los anaqueles de literatura infantil, donde escuchamos la voz dulce de una madre que le leía a su hijo *Donde viven los monstruos* de Maurice Sendak. Somnolientos nos despedimos, cada uno salió para su habitación-libro a descansar. Los seres humanos, no contentos con ese intento de masacre, regresaron al día siguiente y espolvorearon un polvo blanco, llamado ácido bórico, en nuestros nidos y provocaron asfixia a los bebés y adultos mayores.

En mayor o menor grado, todos tenemos que enfrentar en nuestras vidas diversas adversidades; sin embargo, y después de soportar muchas veces el deseo humano de exterminar a nuestra

¿Sabes quién habita las bibliotecas por las noches?

especie, continuó disfrutando de las noches tranquilas; los espacios de la biblioteca, los anaqueles y las obras literarias más famosas me permiten gozar de una libertad inimaginable y ser como pez en el agua.

Para mí, la biblioteca es el lugar más agradable para vivir, más que cualquier otro espacio que tenga las condiciones ambientales adecuadas para que mi especie sobreviva. En la biblioteca, esta mansión preciosa, no solo cultivo mis gustos literarios, me encantan los cuentos macabros de Edgar Allan Poe o los fantasmas de Bécquer, sino que también me he encariñado con los espacios y refugios para gozar el buen vivir. Nunca me falta el alimento. Amo este lugar sobre todas las cosas porque en él, además de disfrutar de diversas aventuras con mi familia, fue donde mis abuelos me ensañaron a leer y a volar con la imaginación. Y esas cosas sencillas de la vida no se pueden olvidar jamás.

*Dedicado especialmente a Ángela Eliana Hernández Hernández
porque con ella descubrí el pescadito de plata.*

Algunos datos:

- » Año de vida del pescadito de plata: entre 2 y 8 años de edad.
- » La longitud del pescadito de plata, sin incluir sus extremidades, es de cerca de un centímetro.
- » Una hembra del pescadito de plata deposita unos 2 huevos al día, 14 a la semana, 56 al mes y 730 al año.
- » Existen unas cien variedades de insectos bibliófagos o comedores de libros.



De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Johana Saldarriaga Ricardo

Nací un sábado ocho de diciembre a las cinco y cinco de la madrugada, según datos suministrados por mis padres, quienes a pesar de mis años suelen levantarme con lágrimas de emoción cada año, con ese vallenato típico de esta celebración. Un gran inicio de las fiestas decembrinas que comienzan con el tradicional día de las velitas: inací con luz propia!

Soy mamá, enamorada de mi familia y de la idea de vernos crecer juntos. Bibliotecóloga por azares de la vida, pero ahora por vocación y pasión. He trabajado en bibliotecas escolares, académicas, públicas, especializadas y de todas tengo anécdotas, buenos aprendizajes y amistades inolvidables.

Tengo en gran estima la vida en comunidad, el poder distinguir las diferencias en las conversaciones y, quizá por esto, tuve la oportunidad de contar un poco de mi experiencia con el campo y los libros. Con el fin de construir un mejor mundo, espero que la lectura se convierta en un conector transformador de la comunidad, tarea esencial y titánica de los bibliotecarios. He dicho.

El regalo de la lectura

Voy caminando, es una caminata inevitable, el transporte que me acerca al lugar de destino está condicionado por el tiempo, un lapso mayor de una hora, quizá un poco más, mucho tiempo como para pensar en una espera. Sin meditarlo mucho me preparo para la aventura del camino.

Avanzo motivada, con pasos largos, estoy sola en la ruta por una carretera estrecha, arenosa, con piedrillas que interrumpen mi paso firme. La vista es verde, sus tonos diversos y marcados envuelven las viviendas distantes. El cielo es azul, abierto y despejado. El aire es frío, tranquilizador y facilita el andar. Es una carretera despoblada y destapada con algunas travesías y senderos que son únicos para llegar a las afueras donde está ubicada la vía principal de la vereda Pantanillo, del municipio de Envigado. Todos, sin excepción, debemos pasar por allí, somos parte del camino.

Las calles estrechas son poco transitadas. Las personas siempre están enfundadas en chaquetas. Estar sin estas prendas es arriesgarse a quedar congelado por una brisa; sin embargo, se disfruta la vista amplia y los paisajes. Desde afuera, las fachadas de las casas se embellecen con materas colgadas, construidas con creatividad y astucia, con las costumbres campesinas propias mezcladas con toques de renovación. Los cultivos, que son la antesala de sus casas, están escoltados por uno o más perros guardianes que se convierten en anfitriones de este espacio, saludan desconfiados, crean un límite para traspasar los portones, algunos anchos y otros angostos, coloridos y entreabiertos de unas casas campestres.

En el recorrido apacible, a lo lejos, se ven los niños del sector, sus rostros son de color sonrojado, herencia de la brisa fría, cargan sus grandes mochilas y vienen ya envueltos en abrigos, gorros de lana de colores y botas de plástico teñidas de barro acumulado.

El regalo de la lectura

Casi todos los niños salen del bosque y la travesía diurna la hacen solos. Sus casas están escondidas entre los inmensos árboles que son barreras al borde del camino. Podría decir que salen de la nada y llegan al lugar donde se esconde la biblioteca, la cual está dentro de un gran edificio de estructura gris y fría que representa la única institución educativa del sector. Allí, habita con calor propio la lectura.

La biblioteca no mide más de cuarenta metros cuadrados, desde su única entrada se visibiliza el gran salón donde se albergan libros adquiridos intencionalmente para los lectores.

Este pequeño espacio es cálido, el clima es diferente y permite estar en especial regocijo. Al entrar, a mano derecha, hay un ventanal que te muestra la lejanía de la zona y te ayuda a identificar el estado del clima gracias a la nitidez del cielo y las montañas que, casi rozando las nubes, generan un momento especial de contemplación. La biblioteca es ese espacio que te permite mirar más allá.

Desde que Comfenalco llegó a la vereda, llamado por los líderes comunales para ser parte de la transformación de sus bibliotecas, comenzamos a ver la necesidad real de los habitantes para acceder a la lectura. Pensamos en una «biblioteca sin muros, sin barreras», que extienda sus servicios y regale lectura a través de estrategias fuera de estas cuatro paredes, especialmente a esta población distante o que por diversas razones no pueden acceder físicamente.

Al llegar a la biblioteca, la bibliotecaria y el promotor de lectura esperan para empezar con el servicio de Libros Libres, una Lectura sin Fronteras, un nombre que nace desde el corazón bibliotecario y que de alguna forma es la excusa para facilitarle la vida a los habitantes, con el fin de hacer que la biblioteca sea vista desde la puerta de su casa, no como este espacio visitado solo por los estudiosos.

Mauro y Leidy han nacido en la zona, conocen cada casa, cada persona, los cambios y movimientos del sector; saben de sus vidas,

El regalo de la lectura

de sus necesidades, de su historia personal. Al llevar toda la vida en ese lugar han desarrollado lazos de amistad y afecto.

Por coincidencias de la vida, se embarcaron en la labor bibliotecaria y sin conocer eso con qué se come, como ellos dicen, no escatimaron en prepararse, aprender y trabajar en una labor lejana a la siembra y a la ocupación de la tierra impuesta desde el hogar.

Mauro, líder comunitario, nació para mediar e influir desde muy pequeño. Es joven, bien parecido, educado, soñador y visionario y decide promover actividades que ayuden al desarrollo de la comunidad. Con él empieza el proyecto bibliotecario en 2008, a través de los proyectos de presupuesto participativo de la zona trece de Envigado.

Cuenta que la biblioteca se abrió en una casa finca de la familia Ríos Buitrago, quienes muy amablemente prestaron la finca para que los niños de la comunidad no se quedaran sin educación mientras construían la institución educativa. Un año estuvo la biblioteca ubicada entre los corredores de la finca. Los libros eran puestos en estanterías artesanales donde se hacía préstamo y circulaban estudiantes y profesores. «Me tocaba leerles a más de veinte niños de todas las edades al mismo tiempo en este lugar improvisado, pequeño, no era fácil, ahora es diferente», recuerda con cariño.

Cuando invitaron a Leidy a hacer parte de la biblioteca, la atrajo que era un nuevo empleo cerca de su casa, cerca de los suyos, además quería ser bibliotecaria. «La expresión de mi cara, ante esta sorprendente noticia, no se puede describir con palabras, siempre me presentaron los libros como una obligación», dice, y al instante suelta una risotada.

En medio del jolgorio, intento responder con una frase de Jorge Luis Borges resumida, quizá inventada, pero no la recuerdo en el momento, le digo que vea la lectura como una rutina que hace feliz. Mucho después de esta charla repentina recuerdo la frase de Borges: «Siempre imaginé que el Paraíso sería algún tipo de biblioteca».

El regalo de la lectura

La bibliotecaria y el promotor preparan dos mochilas diseñadas para envolver los libros y distribuir. Se fijan en el listado previamente elaborado y bien pensado de las familias con nombre y apellido, o asociado a algún apodo por el cual alguien sea reconocido en toda la comunidad. Separan revistas de cocina, libros de cultivos, algo de literatura infantil e historias, como bien dicen, sencillas y agradables de leer. Siempre que empaican los libros piensan muy bien para quiénes serán, muchos de estos, ellos mismos los han leído y por eso los recomiendan.

Sin descartar la preocupación, cumplimos el propósito. Pensamos en la maniobra de llevar libros a las fincas, una estrategia que podría ser acogida con interés o incredulidad. Pesan, pero no nos mortifica la idea de cargarlos porque vamos preparados. El atuendo de siempre está compuesto por zapatos cómodos, chaquetas y agua porque se augura una larga caminata. Las tulas van al hombro.

Hoy los acompaño en uno de sus recorridos. Con el fin de aclimatarnos un poco, nos quedamos conversando antes de empezar. Hablamos de la táctica que vamos a usar. Avanzamos y en medio de la conversación me informan sobre todo lo que podemos encontrarnos en el camino, prevén que posiblemente al tocar la puerta no nos abran, que cuidado con los perros, que nos toca siempre subir, una interminable lista de advertencias anticipadas.

Pensábamos cómo llegar a las casas distantes y caminos solitarios llevando lo más inesperado: libros. Las distancias entre las casas nos exigen más tiempo en el recorrido. Planear la visita es muy importante, dice Mauro, especialmente la hora. Hay varias realidades: son familias campesinas madrugadoras que destinan parte de la mañana para los quehaceres del hogar, «despachar» a sus hijos y alistar todo lo relacionado con el cultivo para el día. La hora oportuna es después de despachar el almuerzo, tiempo que toman para el tinto de la media tarde y para algo diferente a la siembra y las demandas hogareñas.

El regalo de la lectura

Con mochilas al hombro, mencionan sectores por visitar, se destacan por sus nombres particulares y por territorios de familias fundadoras. Sectores que llevan nombres por sus construcciones en bareque, donde eran guardados productos agrícolas como mora, papa y maíz, propiedad de la familia Restrepo, cuentan. Zonas que son compuestas por una sola y gran familia, hijos, sobrinos, nietos, todos en una misma parcela. Otro tramo importante de la vereda es un lugar por donde pasa la quebrada Espíritu Santo. Leidy cuenta que antiguamente los habitantes de la vereda Pantanillo se reunían allí a «tirar charco», hacer sancochos y jugar fútbol, era el lugar donde se distraía, por así decirlo, y por eso salió el nombre La Playa.

En la estrechura del camino no hay personas, nos percatamos de mirar si vienen carros, porque cuando de repente pasan lo hacen a toda velocidad y los sentimos tan cerca que casi nos rozan. Nos detenemos, encogemos los hombros y cerramos los ojos intentando orillarnos, somos muy cuidadosos antes de avanzar, no queremos morir en la carretera y que los libros no lleguen a su destino.

Pasamos por donde Doña Ligia, una tienda destacada por su llamativo color rojo que se convierte en un lugar de encuentro para los habitantes y visitantes. Los turistas llegan a este lugar para preguntar por puntos de referencia y encontrar rostros amigables en medio de la carretera solitaria. Es un lugar donde hay oportunidad para la verbena de los fines de semana, el único espacio donde es posible tomarse unas cuantas bebidas para calentarse del frío y escuchar música, donde reciben a los visitantes con un saludo cálido y un «a sus órdenes» eufórico. Es un espacio acogedor, no muy grande, atiborrado de mercancía para abastecer toda la vereda.

Seguimos subiendo, pero esta vez nos alejamos de la vía. A menos de diez minutos de camino encontramos un lugar propicio para nuestro propósito, una casa, nos acercamos, nos atrevemos a visitar a la familia. No sabemos cómo seremos recibidos. Llamamos a la puerta con temor.

El regalo de la lectura

En medio de los cultivos sale un hombre fornido, no mayor de cincuenta años, algo sofocado, empapado en sudor, usa un sombrero de alas anchas, un *jean* raído y una camisa a cuadros que intenta conservar su color rojo natural, manga larga recogida hasta los codos, botas negras a la rodilla algo empantanadas. Mientras se aproxima, nos saluda amablemente batiendo las manos y nos invita a seguir. Nos sentamos en el corredor limpio, rodeados de múltiples flores colgadas y otras dispuestas en materas, un pequeño jardín bien conservado.

El espacio es natural. Begonias, hortensias, pensamientos, pascuítas, margaritas, siemprevivas, botones de oro, clavelinas y cartuchos son algunas de las flores que decoran la entrada de la casa. Halagamos tan hermosa diversidad y responde una voz femenina: «y eso que no han visto las ramas aromáticas», y nos enseña manojos de ruda, romero, mejorana, apio, yerbabuena, clavo, manzanilla, entre otros.

Es una mujer alta, morena, querendona y risueña. Nos saluda, agranda los ojos con asombro, se entusiasma por la repentina visita y se dispone a tener una pausa en medio de su quehacer hogareño. Es la esposa del hombre del cultivo.

Disponen de poco tiempo para recibirnos, ya que tienen por meta recoger la cosecha diaria, según nos cuentan. Tomamos asiento y escuchamos como trascurre el día para ellos, nos ofrecen uchuvas y fresas, frutos recién recogidos que están en un balde despintado y agrietado. Mientras comemos sin pudor, nos listan todos los beneficios que tienen y las mil formas de hacer dulces, postres fáciles y económicos y compostas que sanan y hacen crecer las plantas. Mientras pasa el tiempo y la conversa, entran en confianza y nos cuentan de sus familias, del clima, de cómo se enamoraron, de cómo van las ventas, de las costumbres de las abuelas, de una vecina muy enferma y amiga en común... aprovechamos para entrometernos con prudencia e intervenir poco a poco con los libros.

El regalo de la lectura

La familia es numerosa, viven sus dos hijas, sus dos yernos y siete nietos de diferentes edades. La casa es amplia y sencilla y ellos cautivan con su forma de hablar. Son gente solidaria en su discurso y dispuesta, trabajadores incansables, triunfantes, orgullosos, sencillos y risueños.

En medio de toda la cháchara, cuentan el logro de tener un lugar habilitado para vender sus productos el día sábado y domingo y poder «bajar» a la ciudad. El hombre de la casa señala con sus manos agrietadas rasgos que revelan más de lo que puede comunicarnos el mismo rostro, el horizonte, la presión urbanística evidente de los grandes edificios que anuncian los pasos enormes de los nuevos tiempos.

El tiempo se va volando, nos reímos, aprendemos. Les contamos el motivo de nuestra visita. Con sorpresa se extrañan de que el regalo que llevamos sean libros, nos escuchan el relato, el porqué lo hacemos, reciben la tula y sigilosamente descubren lo que hay, se asombran al ver el libro de cultivos que necesitaban. Llamamos al menor de los nietos y le entregamos los libros preparados para ellos. ¡Son bien recibidos! La lectura es un regalo. Les contamos que queremos dejarlos por un tiempo en su casa, pero antes de irnos les leemos algo. Escuchan atentamente. Comenzamos:

El amor después del amor

Un tiempo vendrá en el que, con gran alegría, te saludarás a ti mismo, al tú que llega a tu puerta, al que ves en tu espejo y cada uno sonreirá a la bienvenida del otro y dirá, siéntate aquí. Come. Seguirás amando al extraño que fuiste tú mismo. Ofrece vino, ofre...

En medio de la lectura, el hombre de la casa, con sus manos cruzadas, sentado en el borde del muro, mira hacia el cielo con una

El regalo de la lectura

sonrisa tenue mientras escucha atentamente las palabras, de repente interrumpe y agasaja la voz que lee y afirma: «niña, usted lee muy bonito, repítala por favor». Se repite la lectura.

El amor después del amor

Un tiempo vendrá en el que, con gran alegría, te saludarás a ti mismo, al tú que llega a tu puerta, al que ves en tu espejo y cada uno sonreirá a la bienvenida del otro y dirá, siéntate aquí. Come. Seguirás amando al extraño que fuiste tú mismo. Ofrece vino. Ofrece pan. Devuelve tu amor a ti mismo, al extraño que te amó toda tu vida, a quien no has conocido para conocer a otro corazón que te conoce de memoria. Recoge las cartas del escritorio, las fotografías, las desesperadas líneas, despega tu imagen del espejo. Siéntate. Celebra tu vida. Derek Walcott.

La lectura nos deja a todos en un estado mágico de reflexión. Nos ofrecen café con agua de panela, lo recibimos agradecidos, hay un sol escondido, pero no es impedimento para que la brisa fría nos golpee. Surge la necesidad de enfrentarme a dilemas mundanos que otras personas resolverían con agilidad, como tocar el agua por lo helada que está y pensar si disfrutan ducharse o cómo dormirán.

A lo lejos, se ven las casas campesinas, hacen contraste con el azulado cielo y entre las montañas distantes se observan los inmensos cultivos de sus productos insignia envueltos en plástico.

La familia Ríos nos recomienda volver pronto, nos sugiere temas que necesitan, dicen que a ellos les gustaría saber leer, así como la niña que lee bonito. Asentimos a su solicitud, intentamos irnos pero nos detienen cada vez con un nuevo tema de conversación.

Nos empacan de forma generosa, en bolsas separadas, porciones de los frutos ofrecidos inicialmente y nos agradecen la visita.

El regalo de la lectura

Continuamos el camino, vamos en búsqueda de otra familia, de otros nuevos lectores.

Se debe disponer de tiempo, la visita a esta casa sobrepasó la hora, pero salimos sonrientes. Con ese bello sentimiento de una misión cumplida.

Motivados, continuamos la marcha y decidimos ir a una casa que se ve envuelta entre maleza y algo escondido. «¡Buenas!», gritamos desde lo lejos, pero no parece que haya gente dentro de la casa. «¡Buenas!», somos insistentes.

La puerta está abierta de par en par, desde afuera se puede observar que la casa cuenta con ventanas premeditadas, con unas cortinas hechas de retazos de telas desgastadas algo recogidas, cubiertas de cartones con imágenes de publicidad de una bebida popular y algunos vidrios intercalados y rotos en los bordes.

«¡Holaaaaaa!», saluda Santi, un niño de unos nueve años, de tez morena y sonrojada, delgado, alto y cuya mirada es una mezcla tierna y nostálgica. Que nos salude con un grito prolongado y vehemente no impide que también hable con una sonrisa. Se acerca y nos abraza fuerte de la cintura, lo hace largos segundos con cada uno de nosotros. Al fondo de la casa vemos las gemelas, hermanas de Santi, quienes vienen corriendo curiosas para saber qué traemos en las espaldas, se dirigen directo al gran bolso, lo tumban al suelo y revisan impacientes.

Ellos han sido parte de los programas y servicios de la biblioteca. Fueron integrantes de los clubes de lectura, de los talleres de cómic y dibujo, pertenecían al cine foro y no se perdían las novenas navideñas, en las que la biblioteca participa con sus actividades decembrinas de lectura. Con ellos había excepciones y podían prestar más libros de los permitidos por estar en la categoría de «fieles usuarios».

Siempre quedará en el recuerdo este trío de niños que por su forma de ser o por algún acto evocarán anécdotas e historias para

El regalo de la lectura

contar. Eran la compañía de la bibliotecaria hasta que ella tomaba el bolso para irse a su casa, eran los primeros en saludar en las mañanas antes de ir al aula de clase, ayudaban con sus habilidades de persuasión y convencimiento para que algún conductor nos acercara a la avenida principal para «bajar» a Medellín y, lo más importante, se volvieron amigos de la biblioteca, recuerda Leidy.

Santi es un chico noble, respetuoso, alegre y cariñoso, tiene una fascinación por los dinosaurios. Julianita lee libros de cocina, es una chica un poco llevada de su parecer, le gustan también los cómics. Se leyó toda la colección existente en la biblioteca. Lore es tímida y consentida, le encantan los cuentos de misterio y todas las películas.

Después de la escuela, su segunda casa era la biblioteca, son niños solos que les gusta acompañarse todo el día de libros. La madre de ellos es trabajadora, una mujer tosca, reservada, de pocas palabras, que debe salir a buscar el sustento de sus tres hijos y por eso, durante un largo tiempo, tomó la decisión de dejarlos solos en un lugar que ella considera seguro: la biblioteca; ese espacio que le pertenece a muchos y por eso la asumen como si fuera propia. La biblioteca es un lugar con posibilidades infinitas.

Un día, dice Mauro, empezamos a extrañar que no fueran como de costumbre a su cita con la biblioteca. Luego nos enteramos de que unas cuerdas más adelante de donde los encontramos aquella vez, Santi ofrecía fresas y uchuvas, empacadas por él y sus hermanas, a los conductores que esporádicamente pasaban por la vía, personas del sector y viajeros que iban rumbo al aeropuerto.

Cuando Mauro y Leidy le preguntaron el porqué no había vuelto a la biblioteca, respondió con propiedad estas palabras de niño grande: «Como hombre de la casa debo colaborar, ayudar a mi mamá y llevar algo, no ve que es peligroso si van las gemelas». Nos envolvió una pequeña tristeza, pero hubo sonrisas de ternura de escucharlo tan sincero. Antes de despedirse aquella vez dijo: «pero no se preocupen, aquí siempre estaré».

El regalo de la lectura

«La experiencia de llevar libros a casa y regalar lectura la seguimos viviendo cada vez con más cariño y experiencia», enfatizan Mauro y Leidy. Lo que hacemos desde la biblioteca no es nada nuevo, lo novedoso está en que nosotros somos conscientes de que vamos directamente a las comunidades a ofrecer otras alternativas, otras miradas, otros referentes de nosotros mismos y de los demás; comprendemos que cada vez que llegamos a las comunidades y hacemos lectura en voz alta, no son solo las palabras escritas, las historias que contamos, no es solo el libro en sí, es mucho más que eso. Cada vez que leemos un libro u otro hay un gesto de afecto, actos de cercanía que nos permiten reconocernos como bibliotecarios y, al mismo tiempo, alentar transformaciones de las propias prácticas a partir de lo vivido y los quehaceres en las bibliotecas.

Lo que hacemos es un viaje de movilizaciones y de reconfiguraciones, reinventiones, aprendizajes, un camino de riesgos e inseguridades, también de insatisfacciones, incluso luchas y tenacidad; pero, sobre todo, es un viaje que hace que yo sea lo que soy: una bibliotecaria que regala lectura.

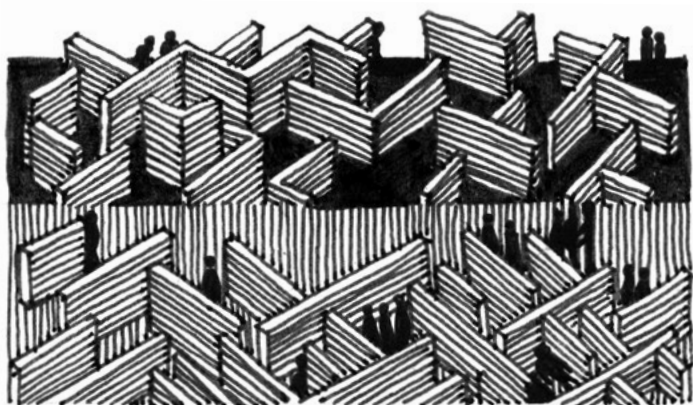
Anhelamos en ese espacio mágico que es la ruralidad corresponder sonrisas por medio de la lectura sin perder la capacidad de sorprendernos, de aprender, de regenerar, de asimilar y llevar a cabo los cambios.

Sueño con una nueva concepción de lo rural como territorio, con un papel más activo del campesino en este espacio, pero acompañado de un proceso tan valioso como lo es la educación y sus bibliotecas, con un replanteamiento sobre la importancia de la lectura en la vida campesina en el nuevo escenario. Es necesario entender los escenarios actuales de transición, seguirle apostando al proyecto bibliotecario rural, a la tradición, a la cultura campesina, a la palabra, solo así seguirán existiendo las visitas inesperadas para sorprender, para regalar lectura.

El regalo de la lectura

Algunos datos

- » Más de 520 familias de las veredas Perico y Pantanillo se han beneficiado del programa Libros Libres, una Lectura sin Fronteras. Esta estrategia vincula a las familias de la zona con la entrega de material bibliográfico en sus fincas. Llega cada mes.
- » La primera familia que recibió este servicio de tulas viajeras en su finca fue la familia Ríos Posada, familia campesina que se dedica al cultivo de fresa, flores y hortalizas. Participan activamente de las actividades de la biblioteca hace más de 6 años.
- » Se reciben más de 10.834 usuarios en las bibliotecas para disfrutar de los servicios bibliotecarios y más de 4.643 usuarios asisten a las 489 actividades de promoción y animación a la lectura que se realizan en el año para la comunidad rural.



De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Andrés Felipe Ávila Roldán

Una biblioteca pública me cambió la vida para siempre cuando llegó a mi barrio en 1995. En ella me convertí en lector, y luego en un bibliotecario enamorado de las historias y las conversaciones, pues los seres humanos estamos hechos de ellas. Tal enamoramiento me llevó a estudiar Lengua Castellana y una maestría en Educación.

He sido promotor de lectura desde que descubrí que la lectura es dinamizadora de justicia, de pensamiento y de buen vivir. Por ello, sueño con un territorio donde los ciudadanos defiendan la lectura como una práctica cotidiana, como un derecho y un placer que nos permite encontrarnos con nosotros mismos y con los otros.

El día que los libros llamaron a su puerta

El día que los libros llamaron a su puerta¹²

El patio de la escuela se convirtió en un gran espacio de feria. Los invitados que llegaban de a poco eran recibidos con efusividad por sus profesores y promotores de lectura que estaban ahí desde más temprano. Los banderines verdes, la música y la cantidad de personas mostraban un patio distinto al que veían a diario.

El sol estaba en su punto de intensidad máxima esa mañana y servía como reflector para un montón de bolsos grises sobre mesas enormes. En esos bolsos estaba concentrada la razón por la que los habían citado. Los niños se sentaron expectantes acompañados de sus familiares, no sabían del todo de qué se trataba. Iniciaba un evento que no era más que la materialización de una idea concebida con esa comunidad meses atrás.

Como Ana María, días antes, había entrado sin permiso al saloncito que se tenía adecuado como biblioteca y había sustraído una revista, creía que la citación con los padres tenía que ver con eso y que resultaría castigada. Había ingresado con su amiga Rosario y sí que había valido la pena. En aquella pequeña biblioteca descubrieron una vieja revista de Mickey Mouse y Goofy, una historieta a color donde describían una aventura en los Alpes, en la que sus protagonistas encontraron un mamut en un bloque de hielo que de pronto comenzó a derretirse.

Les gustó tanto aquella revista que Rosario propuso tomarla prestada por unos días, y sin esperar respuesta de su cómplice lectora la escondió dentro de la blusa de su uniforme. Había transcurrido casi una semana pasándose la revista de una casa a otra

12 Esta es una historia de ficción, basada en hechos de promoción de lectura de la vida real.

El día que los libros llamaron a su puerta

aprovechando su vecindad. Estaban realmente complacidas de leer y releer la colorida historia narrada en viñetas, pero tenían la firme intención de regresarla a la escuela antes de ser descubiertas. Por eso, cuando Ana María tuvo en la mano la invitación que llegó a ciertos estudiantes para asistir con sus padres se sintió en problemas.

A Rosario, por ejemplo, no le había llegado la cartica, que decía Palabras Viajeras y hablaba de unos libros que llegaban hasta la puerta de las casas. Quizá se referían a libros que los niños estaban tomando de la biblioteca y terminaban extraviados. ¿Estaría Ana en apuros? En cualquier caso, no pensaría jamás en delatar a su amiga, seguro a ella le iría mucho peor con la mamá si se viera involucrada como una ladrona de revistas.

El Centro Educativo Rural Sabanazo se encuentra en la vereda del mismo nombre, a unos cincuenta minutos del casco urbano de Santa Rosa de Osos, municipio antioqueño. Para llegar hay que pasar primero por un verdadero espectáculo visual conformado por montañas de todas las tonalidades y una cotidianidad en calma que se puede apreciar mientras se avanza despacio por una calle sin pavimentar.

Meses atrás, un grupo de promotores de lectura llegaron ahí para conversar con profesores y algunos padres sobre un programa de lectura que traían entre manos. Su nombre era Palabras Viajeras, y con él proponían esencialmente cambiar la cotidianidad a través del préstamo de libros para llevar a casa. Primero debían saber un poco sobre sus gustos y necesidades. Con esta información valiosa podrían hacer que las buenas historias, la fantasía y el conocimiento fueran y vinieran de casa en casa con ayuda de los promotores de lectura, que además estaban dispuestos a convertirse en parte de la cotidianidad de esas familias. Una cotidianidad nunca vista antes en la vereda, recargada de relatos, donde el acceso a los libros permite el universal juego con lectores que se dejan

El día que los libros llamaron a su puerta

seducir por un título o una portada y sin importar su edad, gusto o procedencia quedan atrapados. Todos decidieron sumarse a la propuesta de Palabras Viajeras.

El día que se lanzó el programa en el patio de la escuela, las familias llegaron puntuales y con el semblante contento de quienes celebran. La mayoría, al inicio, tenía la atención puesta en la evidente cantidad de decoraciones color verde limón y en los bolsos que, como les habían dicho, estaban llenos de libros para todos, no solo para los niños.

Apenas empezó el evento, a Ana María le cambió la cara de preocupación, al parecer tendría una oportunidad más de regresar la revista y, además, se iba a casa con un bolso lleno de libros nuevos que podría compartir con Rosario. Al terminar, en medio de muchas palabras bellas que reivindicaban la lectura como una práctica cultural que nos distingue como humanos, las familias, en su mayoría, no se aguantaron la curiosidad y antes de marcharse abrieron el bolso para hojear con cierto deleite aquellos libros. Algunos muy coloridos, como *La pequeña oruga glotona* de Eric Carle, otros enormes como *Emigrantes* de Shaun Tan y profundos como *Desencuentros* de Jimmy Liao. Todos dignos de las miradas de asombro que tenían los niños. Un par de familias, incluso, se quedaron en las sillas del patio, dispuestas a leer cuentos en voz alta mientras se hacía un poco más tarde y regresar a la casa a preparar el almuerzo.

De vuelta a casa, Ana María sostenía la mano de su padre, quien llevaba el bolso en la espalda. Al lado caminaba Julieth, su mamá, quien iba pensando en algo particular de todo lo que les habían dicho momentos antes. Una de las personas que tomó el micrófono aseguró que la lectura no era solo para los que estudiaban algo, que no leíamos para ser más que los demás, ni para amasar fortunas o tener más oportunidades de irse a una gran ciudad. Leíamos, dijo, para entendernos a nosotros mismos, ver el mundo más allá,

El día que los libros llamaron a su puerta

buscar la belleza en nuestra cotidianidad y entender lo que esta necesita de nosotros para que sea una mejor historia, una mejor vida.

Ya en casa, los libros fueron puestos sobre la mesa del comedor para satisfacer la curiosidad de todos, no solo de Ana María, pero rápidamente Julieth pidió que los guardaran para después porque aún tenían oficios domésticos pendientes por hacer o, como ella decía, había mucho «destino» que hacer, pues ellos habían estado en el evento desde temprano y la abuela Severiana, la suegra de Julieth, a quienes todos llamaban Nana, había madrugado a la cabecera municipal como de costumbre a hacerse unos exámenes médicos de control.

El bolso se quedó guardado en un rincón de la habitación de la niña, hasta que Rosario, al día siguiente en la escuela, le preguntó a su amiga para qué la habían citado con los papás.

–No te preocupes, no era para regañarnos ni nada –respondió Ana–. Era como una fiesta y nos dieron unos libros muy chéveres.

–¿De cuentos?

–Sí, de todo, si quieres en la tarde vas a la casa y te muestro. – Ana le recordó también que tenían que regresar la revista al día siguiente sin falta, antes de meterse en problemas.

Al encontrarse en casa de Ana, sacaron todos los libros y empezaron a mirar sus carátulas. Había varios cuentos infantiles, *El higo más dulce* de Chris Van Allsburg, *El pájaro del alma* de Mijal Snunit, además vieron entre tantos que había un libro grande de cocina colombiana, uno de floricultura casera y otro llamado *Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes* de Elena Favilli y Francesca Cavallo. Hicieron de lado dos que parecían para adultos: *La melancolía de los feos* de Mario Mendoza, que les causó risa pensando que se lo habían elegido a Joaquín, el papá de Ana María, y *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince.

El día que los libros llamaron a su puerta

Junto a los libros, en un bolsillo pequeño del bolso, encontraron un cuaderno en blanco. En la portada tenía dibujado una gallina verde y un nombre: «Bitácora». Al abrirlo, en la primera página tenía unas instrucciones de uso. Las recomendaciones que estaban enumeradas allí le parecieron a Ana como aquellas reglas que vienen en los juegos de mesa, por eso las leyó con atención dispuesta a contarles luego la finalidad de aquel cuaderno, cuya invitación era que en casa escribieran sus anécdotas con la lectura, que contaran sobre los libros que les habían gustado más o sobre sus deseos para las futuras entregas del programa.

Después de mirarlos todos con cierto detalle y de dejarse llevar por la diversidad de colores de las portadas, las ilustraciones y ese olor particular de los libros cuando están nuevos, Rosario supo que no quería irse sin llevarse uno. Quería *El higo más dulce*, así que lo pidió prestado y no esperó nada más para salir hacia su casa con una gran sonrisa y los ojos un poco más brillantes que de costumbre. Al ver salir a la niña con el libro, como si levitara de la dicha, Julieth propuso a Ana María que los sacara del bolso y los pusiera en la mesita que estaba al lado de la entrada para que todos en la casa pudieran tomarlos, así les habían recomendado en las reuniones previas. También le pidió a la niña no extraviar el cuaderno para que fueran escribiendo cómo les iba pareciendo todo.

Quien tomaba los libros con más frecuencia era justamente Ana María, e incluso se convirtió en la mediadora de lectura de la casa, por intuición empezaba a entregar libros para que los miraran. A Severiana, le pasó el libro de cocina colombiana. La abuela solo había cursado hasta segundo de primaria, pero había aprendido a leer bien años atrás para entender la Biblia y hacer otras oraciones de unas estampitas que guardaba en un desvencijado novenario dentro del nochero.

El día que los libros llamaron a su puerta

Tras un breve paso de página, Nana decidió que cocinar era lo que más había hecho en su vida, así que dejó el libro a un lado y Ana María no le insistió. Después, cuando su papá llegó de la finca lechera donde trabajaba, la niña le entregó sonriendo *La melancolía de los feos*, él lo miró y le prometió que lo iba a leer pero después, en ese momento lo único que quería era quitarse esas botas negras de caucho, desacalorarse y darse un baño.

Intentó que su mamá leyera *El olvido que seremos*, le aseguró que ese se lo habían «empacado» especialmente para ella. Julieth le dijo que le gustaban los de superación personal y la niña, sin tener idea, respondió que ese era uno, pero ella observó la carátula donde aparece una chica rubia con un violín y no le creyó mucho. Ana María, para demostrárselo y jugando a la suerte, abrió el libro, eligió una línea cualquiera y leyó: «Usted va a irse para el cielo porque reza todas las noches conmigo».

Miró a su mamá con cara de «te lo dije» y Julieth tomó el libro para después, cuando estuviera temprano y no le diera sueño leer.

Rosario, sin ser del primer grupo de familias seleccionadas en este programa, lo disfrutaba más que la mayoría gracias a su amiga. Cuando le devolvió a Ana María *El higo más dulce*, esta le recomendó *El pájaro del alma*, le dijo que era sobre un pájaro que las personas llevaban dentro y les hacía sentir cosas cuando abría unos cajones. Rosario no comprendió nada pero igual se lo llevó, disfrutaba todas las historias. Al día siguiente cuando se vieron de nuevo, le pidió a Ana que le dejara quedarse con el libro hasta que llegaran a reclamárselo, quería leerlo cuantas veces fuera posible, sintió como si le contara ideas que había tenido primero, pero que otra persona se adelantó a escribirlas. Como los libros estaban casi siempre en la mesita, ocurrieron dos cosas: la primera, que Joaquín había tomado el bolso para llevar las cocas con comida al trabajo; la segunda, que Nana tomó *Cuentos de buenas noches para*

El día que los libros llamaron a su puerta

niñas rebeldes, el libro la había atrapado, y lo leía casi con la misma frecuencia que sus oraciones. Las historias de esas mujeres le tocaban algo que no sabía describir; ella, que siempre quiso ser y hacer tantas cosas, encontraba inspiración e incluso pensaba en las similitudes entre algunos retratos que acompañaban cada relato y su propio rostro. La ilustración que más observaba, viéndose a sí misma, era la de Astrid Lindgren.

Lo de Joaquín y el bolso derivaría en una de las anotaciones que hizo Julieth en la bitácora, que aunque no tenía nada que ver con los libros sí hacía parte de su experiencia.

Profe, buenos días. Comunico esta noticia que espero no sea nada. Perdón porque el papá de la niña cogió el bolso para llevarlo un día al trabajo y lo manchó de café y no le salió ni con agua caliente, ni vinagre, ni nada. Pero vamos a seguir bregando para cuando haya que devolverlo.

Varias semanas después de la llegada de los libros a la casa, el promotor de lectura, a quien le decían profe, los había llamado para preguntarles cómo les iba con los libros, si les habían gustado y para recordarles que la semana siguiente pasaría a la vereda para hacer unos talleres de lectura y para intercambiar los bolsos entre las familias. La otra llamada que entró ese día fue la de una excompañera de Julieth, de sus años de colegio en Santa Rosa, que la había recomendado para cubrir la licencia de maternidad de la secretaria del despacho parroquial. Como Joaquín no le ponía problema por trabajar y la abuela estaba en la casa, ese dinero adicional les vendría muy bien.

El cura primero quería conversar con ella y mirar si era la persona que necesitaba para cubrir el puesto, por ello le pidió que fuera a conversar con él. Julieth salió temprano de la casa, quería generar la mejor impresión, empacó en su bolso *El olvido que seremos*

El día que los libros llamaron a su puerta

con una hojita seca de eucalipto como separador. No solo quería que la vieran leyendo, además llevaba ya cinco páginas y en serio quería aprovechar los tiempos de espera para saber qué iba a pasar en esta historia. Aunque ya no tenía claro si en alguna página aparecerían recetas de superación personal o no.

En la entrevista con el sacerdote se dio la oportunidad de contarle que estaba leyendo un libro, cuando este le preguntó sobre qué disfrutaba hacer en su tiempo libre. Las dudas que pudiera tener el párroco se disiparon, él también era un lector.

–¿De qué se trata? –le preguntó el sacerdote.

–Apenas lo empecé, pero mi hija me dijo que era de superación, ya sabe, de buenos consejos.

–Qué bueno, cuando lo termines me lo prestas –agregó el cura. Julieth sonrió e indicó que sí con la cabeza–. De veras que me convenciste, nos vamos a entender muy bien. Te espero desde esta semana en el despacho de la parroquia.

Julieth salió contenta a contarle a la familia, sentía como si el haber llevado el libro le hubiera dado suerte, ahora sí creía que lo iba a terminar de leer. Lo que había ocurrido era perfecto, iniciar su trabajo en el despacho parroquial, de todas formas, no impedía estar pendiente de Ana María y el colegio y de otros compromisos que tenía.

–Qué buena suerte –seguía diciendo.

El promotor de lectura les anunció por teléfono que había llegado el día para recoger los bolsos. Como era la primera vez que harían la rotación de los libros entre las familias, varios promotores de lectura acompañarían la actividad al día siguiente. Estaban expectantes, los emocionaba mucho participar en el programa pues estaban convencidos de la importancia de dar de leer en la ruralidad. Convencidos de que la lectura era un pequeño aporte a su vida como ciudadanos, con días tan complejos y angustiantes, como en cualquier otro lugar, y con días

El día que los libros llamaron a su puerta

de paraíso también. Con eso bastaba, no hablaban de poderes mesiánicos de la lectura, no querían que nadie leyera para salvarse, aunque así funcionara a veces. Al contrario, preferían la lectura para ver más amplio, tanto lo bello y la riqueza que no percibían como lo que odiaban y no soportaban.

Ana María fue a tocar la puerta de Rosario para pedirle *El pájaro del alma* y dejar así todo listo para la visita. Rosario, que quería ese libro para siempre, pensó un instante en esconderse, en escribirle una nota a Ana para que le mostrara al promotor que no era su culpa o abrir la puerta y decir que se lo habían robado. Ana insistía en tocar la puerta y escuchar atenta cualquier ruido que le confirmara que sí había personas en la casa. Dos minutos más tarde, Rosario abrió la puerta con el libro en la mano y saludó a su amiga. Sabía bien que Ana era casi su único acceso a los libros, al placer de sumergirse en las historias y no quiso perderse de eso. Le entregó el libro con la misma nostalgia con la cual se despide un buen amigo. Se dijeron adiós y acordaron encontrarse cuando llegaran los nuevos libros para mirarlos juntas.

Mientras Ana estaba recuperando el libro para dejar completo el bolso, Julieth escribía una última nota en la bitácora, sabía que era importante, como les habían insistido antes, para poder hacer bien el programa.

Muchas gracias promotores de lectura de Comfenalco. Mi familia y yo estamos muy contentos con el programa Palabras Viajeras. Antes no teníamos tanto que leer, pero tampoco era que nos gustara de a mucho. En realidad, seguimos siendo los mismos, pero hay algo, aún no sé qué, que es diferente en esta casa. Por favor sigan trayéndonos libros.

Familia Barrientos Pérez.

El día que los libros llamaron a su puerta

Los libros estaban listos en la mesita al lado de la puerta. Nana se preguntaba qué libro seguiría, había pedido que anotaran en la bitácora uno de hierbas medicinales. Julieth había dejado iniciado el suyo y Joaquín había memorizado una de las recetas del libro de cocina: pollo asado con limón y tomillo. Y ya le había dicho a Nana que con su ayuda lo iba a preparar el domingo. Ana María quedó muy inquieta con el amor que le tuvo Rosario a aquel libro y le pidió a su mamá que de cumpleaños, además del juguete que ya le había pedido, le regalara *El pájaro del alma*; que no se preocupara porque el profe sabía dónde se conseguía fácil en Medellín y le podían pedir el favor.

Lo ocurrido esa mañana en el patio de la escuela no tenía que ver con banderines y música, no del todo, era más que una fiesta con regalos en unos bolsos grises. Después de esa invitación, la vida transcurría igual pero solo en apariencia. Seguía siendo quizá la misma casa donde había mucho «destino» que hacer a diario; pero ahora, como una visita muy esperada que al fin toca la puerta, los libros hacían parte de la cotidianidad. Allí, sobre esa mesita a un lado de la sala, esparcían un olor agradable, el olor de la curiosidad, de la tentación permanente por tomarlos, perderse y regresar con pensamientos nuevos. Una tentación que, al final, ni el mismo Joaquín pudo resistir, pues aunque a veces seguía usando el bolso para cargar el almuerzo, también empacaba uno que otro libro, sobre todo de recetas culinarias, pues después de lo del pollo con limón y tomillo, esos eran sus favoritos.

Los libros nunca más volvieron a irse de este lugar, estaban allí con esa posibilidad de dar a elegir cómo se cuenta la propia vida, lo que pasó o lo que quisiéramos. No porque con la lectura la vida llegue a ser más sencilla, sino porque las diversas historias que fueron leídas sembraron una leve sospecha de que todo puede llegar a ser mejor contado.

El día que los libros llamaron a su puerta

Algunos datos:

- » El programa Palabras Viajeras se diseñó para llegar a la ruralidad de Antioquia, donde la circulación de libros es mínima.
- » En la actualidad hay en circulación 200 bolsos de Palabras Viajeras. Cada bolso contiene una colección de 6 libros para toda la familia.
- » Son más de 1200 libros circulando entre las familias rurales de regiones de Antioquia como Norte y Urabá.
- » Más de 800 personas se beneficiaron en 2019 del acceso a los libros y de las acciones de promoción de lectura periódicas del programa.
- » El programa tiene una rotación de colecciones con frecuencia mensual, de este modo, las familias rurales en un año pueden tener alrededor de 11 colecciones distintas de libros en casa.
- » Libros infantiles, jardinería y recetas de cocina colombiana hacen parte de las colecciones más apetecidas por las comunidades rurales entrevistadas para participar en el programa.
- » La proyección de crecimiento que tiene el programa Palabras Viajeras para 2021 es de 200 nuevas familias rurales a atender.



De los quehaceres sencillos nace la utopía: relatos de bibliotecarios

Patricia Andrea Montoya Arenas

Soy bibliotecóloga, archivista y mamá de Simón. Mujer de suaves palabras. Creo en la transformación del mundo desde los procesos bibliotecarios. Vivo en un constante encuentro entre aprendizajes y experiencias, donde los relatos de vida se construyen y se van consolidando a través de las nuevas formas de entendernos como sociedad.

Desde mi rol profesional, he estado enfocada en el liderazgo de proyectos, la interacción con el otro y el trabajo en equipo. Además, la itinerancia y el cambio continuo, me han permitido asumir nuevos retos para la construcción de una renovada visión bibliotecaria. En lo personal, Simón representa un cambio en diversos aspectos de mi vida, esto se refleja en las enseñanzas y transformaciones de mi condición de mujer y profesional. Quiero afianzar un legado y dejar huella desde una lectura del mundo más profunda y racional.

Leer a los otros para contarnos a nosotros mismos

Leer a los otros para contarnos a nosotros mismos

Y todos se sorprendieron cuando me quise identificar como una perra en aquel ejercicio donde nos preguntaron con cuál animal nos veíamos representados. Expresé mi idea imaginándome que iba caminando por la calle, amamantando y cuidando de mis crías, una perra que tiene la disposición de cuidar a su amo. Seguramente mi vida ha sido ser fiel y cuidar de los otros, no tengo hijos pero tengo la certeza de que todos mis alumnos son mis hijos, fue lo que les expliqué a todos en mi primera visita al Club de Lectura.

Apenas el grupo paró de reírse, y con la serenidad que siempre me ha caracterizado, declamé un pequeño fragmento del poema *Mi perro ha muerto* de Pablo Neruda, no sin antes mencionar que es uno de mis poetas favoritos.

Mi perro me miraba
dándome la atención que necesito,
la atención necesaria
para hacer comprender a un vanidoso
que siendo perro él,
con esos ojos, más puros que los míos,
perdía el tiempo, pero me miraba
con la mirada que me reservó
toda su dulce, su peluda vida,
su silenciosa vida,
cerca de mí, sin molestarte nunca,
y sin pedirme nada.

Leer a los otros para contarnos a nosotros mismos

–En la mirada de un perro entiendes que hay algo que nunca encontrarás en la de un humano, algo que está más allá de nuestras posibilidades. Los que tengan perros o hayan convivido apenas unos días con alguno sabrán de lo que hablo; los que no, no me van a entender, así que sobran las explicaciones. –Ese día, la sesión del Club de Lectura cerró con mi intervención.

En la siguiente reunión, fui de las primeras en acudir al encuentro semanal donde confluía un grupo de personas que poco a poco empecé a conocer. Asistíamos con la complicidad de encontrarnos, de hacer amigos, intercambiar opiniones, tejer relaciones en un espacio que se convirtió en necesidad vital y complemento de la existencia de muchos. Tuve la oportunidad de conocer a Jorge y a Gloria, dos de mis buenos amigos hoy en día. Los clubes de lectura son de esos colectivos donde se construye un tejido vivo a través de los trasfondos que tiene cada lector. Se intercambian opiniones y la lectura del texto escrito es solo un pretexto para tejer relaciones que complementan el diario vivir.

En cada encuentro semanal realizamos la lectura compartida de diversas obras y autores que nos han permitido navegar entre múltiples géneros literarios como la novela, el cuento, la poesía, el ensayo, el relato, la crónica, entre otros. A la vez, nos transportamos a lugares, tiempos y escenarios inimaginables, acompañados siempre de quien dirige el club. Todo lo que compartimos deja huella.

Por iniciativa de algunos, nos hemos reunido en espacios no convencionales, hemos hecho ejercicios de escritura, recorridos de ciudad y hasta maratones nocturnas de lectura. Una de las primeras maratones la realizamos en la casa de Bertha Alicia, quien fue una excelente anfitriona y, además, estuvo apoyada por el promotor de lectura. Aquella vez, todos llegamos muy puntuales al barrio Santa Gema de Medellín a la invitación de una lectura

Leer a los otros para contarnos a nosotros mismos

extendida que inició entrada la noche de un viernes frío hasta el sábado siguiente. El reto era leer *Delirio* de Laura Restrepo. Fue una experiencia emblemática que nos permitió hacer de la lectura una vigilia nocturna y, además, identificar en el texto una enorme calidad literaria, con una mezcla de locura y obsesión sentida por sus personajes y que expresa claramente lo que es una metáfora de la violencia y la política de los últimos años en Colombia. Esa madrugada salimos felices, alegres, trasnochados y con la satisfacción de haber hecho un ejercicio de arrullar con palabras a quienes estaban durmiendo.

Durante esas lecturas cortas y conversaciones largas, algunos decidimos compartir ejercicios de escritura biográficos donde develamos parte de nuestra historia, nos desnudamos ante el grupo y conectamos la lectura con la vida hasta entretejer una complicidad silenciosa. Todavía recuerdo con mucho cariño el día que socializamos algunos escritos personales con la complicidad del tallerista. Jorge y yo fuimos los primeros en compartir nuestras historias, la mía fue el resultado de mi proceso lector, todavía recuerdo que empezó así y todos guardaron silencio:

Soy María Elvira Jiménez Vélez, nací en Medellín promediando el siglo veinte, en el hogar de don José David y doña Margarita. Fui la menor de siete hermanos, crecí en el barrio Los Alcázares de Medellín. Mis años de escuela los hice con las hermanas de La Presentación y el bachillerato en la Escuela Normal de Señoritas de Antioquia. En esos viajes de la casa al colegio descubrí que la Biblioteca Pública Piloto llevaba un Bibliobús al barrio Santa Lucía y prestaba libros para la casa; ahí me empecé a formar como lectora. Leía aventuras, cuentos, fábulas, historias. Títulos como *La isla del tesoro*, los miniclásicos de María Pascual, *Gulliver en Lilliput*, *Alicia en el país de las maravillas* y cómics como el del Llanero Solitario, Tarzán, Supermán, la pequeña Lulú, Super Ratón, entre otros, eran mis favoritos.

Leer a los otros para contarnos a nosotros mismos

Desde esa época comenzó mi gusto por la lectura, creo que fue una herencia de mi padre quien me puso en contacto con varios autores, ya que en ocasiones especiales me sorprendía con un libro. Todavía conservo algunos. Me gradué como licenciada en Español y Literatura y durante mis años de universidad conocí obras literarias que generaron en mí un sentido crítico y consciente del mundo y lo que nos rodea. Desde la academia tuve el honor de leer a escritores nadaístas como Gonzalo Arango, Mario Rivero, Federico Díaz Granados, Giovanni Quessep y muchos más. Aún recuerdo el poema La salvaje esperanza de Gonzalo Arango que tanto me gustaba en esos días.

Éramos dioses y nos volvieron esclavos.
Éramos hijos del Sol y nos consolaron con medallas de lata.
Éramos poetas y nos pusieron a recitar oraciones pordioseras.
Éramos felices y nos civilizaron.
Quién refrescará la memoria de la tribu.
Quién revivirá nuestros dioses.
Que la salvaje esperanza sea siempre tuya,
querida alma inamansable.

Durante mi ejercicio docente tuve la oportunidad de capitanear varios cursos con los cuales siempre hubo situaciones, cambios y retos que me exigían transmitir una pasión de esta naturaleza y conducir a mis alumnos hacia una relación sincera con esto de leer, escribir, entender el mundo de forma más directa, preguntarse de dónde venimos, confrontarse y hasta embestir a la madre patria con cuestionamientos que les permitiera pulirse entre la fragua de la literatura y la vida real. En esos ires y venires, compartimos autores de la talla de García Márquez, más con sus cuentos que con sus novelas, Kafka, Albert Camus, Yourcenar, Dante Alighieri, las tragedias griegas, Rainer María Rilke

Leer a los otros para contarnos a nosotros mismos

con sus *Cartas a un joven poeta*, Amalia Lú Posso Figueroa con su libro *Veán vé, mis nanas negras*, el cual plantea una conversación intimista que tiene una mujer que disfruta de las palabras y nos invita a descubrir las formas y el ritmo en el cuerpo. Cómo olvidar a Federico Engels y *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, y la forma como moldearon las herramientas del entorno y la capacidad de interactuar con este.

Para no extenderme más en mi historia, les cuento que en este recorrido por la vida he tenido la fortuna de participar y disfrutar de diferentes clubes de lectura, como el de la Biblioteca Pública Piloto, la Biblioteca de La Floresta, además de los realizados en la Casa de la Cultura La Barquereña en el municipio de Sabaneta. Ahora me encuentro absolutamente complacida de pertenecer a este colectivo realizado por la Red de Bibliotecas Públicas de Comfenalco Antioquia. Tan diverso e incluyente, que además me ha permitido tener nuevos aprendizajes.

Después de terminar de socializar mi escrito, donde todos me escucharon con respeto, llegó el turno para Jorge que, con su voz gruesa y rítmica, nos cautivó una vez más:

Siempre he sido un hombre muy activo, participativo y apasionado por lo que hago. He disfrutado la vida a plenitud, crecí con unos tíos y tías solteronas y mi pasión por la lectura, creo, viene de ellos; leían los periódicos en voz alta y, con gran atención, yo los escuchaba. Lo que más disfrutaba eran los magazines dominicales, que traían largas disertaciones sobre el tema de moda de la época: Jorge Eliecer Gaitán y el movimiento político y social del país.

Leer a los otros para contarnos a nosotros mismos

Con el permiso de ustedes, voy a dar un salto en el tiempo y les voy a compartir lo siguiente: cuando llegó la notificación que indicaba que era el momento de empezar a disfrutar de mi retiro laboral, quedé pasmado, un poco atontado y una especie de desaliento recorrió mi cuerpo, casi no me restablezco. Había llegado la hora de comenzar a “descansar”, porque cuando te sientes con energía y vitalidad es imposible derrotarse. Debía decidir qué hacer con mi tiempo y con mi vida, situación que no me hacía muy feliz, porque en mi labor como ingeniero siempre estuve en actividad y en constante relación con los otros.

Un día, caminaba por la avenida La Playa, después de cumplir con una cita médica que me dejó inquieto y pensativo por la lectura de unos exámenes que había realizado mi médico tratante, quien enfáticamente me había sugerido interactuar con algún grupo como parte de mi tratamiento para bajar el colesterol, los triglicéridos y el estrés que estaba padeciendo a causa de mi retiro laboral.

En mi recorrido vi un anuncio a la entrada de una institución del sector: “Ven, te invitamos a participar de nuestro Club de Lectura”. Confieso que si bien he sido buen lector, hasta la fecha no se me había pasado por la cabeza hacer parte de algo así, creía que las personas que integran estos colectivos eran raras, simples y hasta aburridas. Comencé a asistir más por curiosidad que por un verdadero interés por la lectura, ya que mi profesión de ingeniero siempre me llevó a realizar lecturas técnicas y pragmáticas tales como la *Historia de la ingeniería en Antioquia* y las epopeyas de la construcción como el Túnel de la Quebra, el Ferrocarril de Antioquia, el trazo y diseño de caminos, puentes y embalses; tomando de manera inconsciente algo de distancia con la literatura y el verdadero disfrute de esta.

Leer a los otros para contarnos a nosotros mismos

Para mi sorpresa esa teoría se cayó porque, además de acogerme de manera cariñosa, tranquila y alegre, he conocido personas estupendas. Hoy puedo decir que a este club siempre vengo con mucho entusiasmo, máxime cuando regresé hace algunos meses a una revisión médica donde el doctor me preguntó «Jorge, cuéntame ¿qué has hecho durante estos últimos tiempos?, ya que deseo entender por qué razón tus exámenes están dando mediciones tan positivas, has mejorado notablemente». Le conté que había encontrado un espacio muy agradable, donde con un grupo de personas leemos, compartimos vivencias, puntos de vista, ocurrencias y, por cierto, nos reímos mucho, algo que me ha permitido mejorar mi estado de ánimo y también de salud. Como el tiempo no perdona, aprovecho para agradecerles que me hayan permitido estar y ser parte de mi terapia sanadora.

Con esta frase Jorge terminó de socializar su testimonio. Todos le agradecemos por permitirnos conocer parte de su historia a través de estas líneas y, sin pensarlo dos veces, como muestra de agradecimiento, Jorge se ofreció a realizar en compañía de quienes deseáramos, un recorrido literario nocturno por Medellín. No veíamos la hora de que llegara ese encuentro.

En las sesiones siguientes, por iniciativa de Gloria y nuestro tallerista, compartimos la lectura y algunas disertaciones del libro *Del otro lado del jardín* de Carlos Framb, que plantea una declaración de las decisiones trascendentales que tuvo que tomar para asistir la muerte de su madre, lo cual deja entrever el tejido sólido de amor y compañía que tenían el uno por el otro. Esta lectura generó sentimientos encontrados en algunas personas del grupo, y por ello tengo presente aún en mi memoria la reflexión que nos compartió nuestra compañera Gloria, que es psicóloga especialista en tanatología y, además, nos propuso más lecturas relacionadas con este tema. «Uno debe morir viviendo, porque es una manera de estar de

Leer a los otros para contarnos a nosotros mismos

pie en el mundo y frente a cualquier enfermedad todos tenemos derecho a no contar y dejar simplemente que la vida continúe», dijo.

Después de terminar la lectura del texto, Jorge insistió en realizar una caminata nocturna literaria por la ciudad con el fin de conectarla con lo leído. Iniciamos el recorrido un viernes al caer la tarde desde la avenida La Playa, llegamos al teatro Pablo Tobón Uribe, luego cruzamos por el barrio Boston donde identificamos los parques, las iglesias y algunas estatuas. Entre ellos el parque Obrero, creado por la masonería antioqueña, y al son de la conversación fuimos descubriendo pistas literarias de una ciudad que siempre vemos pero que se convierte en paisaje frente a nuestra mirada repleta de afán. Bajamos por la calle Echeverri, luego descendimos por Cuba y nos detuvimos un momento en el palacio donde funciona el Teatro Prado el Águila Descalza. Más adelante nos encontramos con el Palacio Egipto, donde quedamos todos extasiados por el esplendor de esas casonas ubicadas en esa parte patrimonial del barrio Prado.

El recorrido iba amenizado por declamaciones y lecturas cortas. Entre risas procurábamos desentrañar historias que hay al interior de la ciudad, que todos los días vemos despierta pero poco contrastamos con la noche, cuando la mayoría de sus habitantes descansan. Antes de la medianoche llegamos al Cementerio Museo San Pedro para presenciar la propuesta cultural y pedagógica Noches de Luna Llena que realizan en este lugar un día del mes, en luna llena, con el fin de desmitificar los miedos que le tenemos a los cementerios de noche. Disfrutamos de una actividad cultural donde la historia, la memoria y el arte resignificaban el valor de la vida en el espacio de la muerte. Pasada la medianoche, terminamos el recorrido y algunos tomamos taxis hacia nuestras viviendas, otros caminaron hacia la estación Hospital del Metro, donde había una oferta gastronómica para los noctámbulos ciudadanos.

Leer a los otros para contarnos a nosotros mismos

Así es como transcurren los días en un club de lectura, el cual se reinventa a través de autores que nos ofrecen, con sus historias, la posibilidad de conectar la realidad con la fantasía. Aunque pasen los años, seguimos acudiendo a nuestra cita semanal con la palabra escrita y así, entre lecturas, diálogos y risas escribimos nuestra propia historia y damos la bienvenida a quienes deseen participar.

Algunos datos:

- » En Comfenalco Antioquia los clubes de lectura iniciaron en el año 1998. Actualmente, continúan activos 28 grupos, distribuidos en toda la Red de Bibliotecas, orientados a diversos públicos entre los que se cuentan niños, jóvenes, adultos, personas en condición de discapacidad, maestros, grupos empresariales, entre otros.
- » La Voz del Libro es uno de los clubes con mayor antigüedad, cuenta con la participación constante de integrantes desde su conformación, hace ya 22 años. Aproximadamente 6 personas han estado presentes desde el inicio.
- » Jitanjáforas es un club de lectura constituido desde el año 2007. El colectivo de maestros es acompañado por un promotor de lectura en cada sesión. Hasta la fecha, continúa con un sobresaliente número de participantes. Entre 10 y 15 personas han permanecido desde sus inicios.



Lo que leerán aquí son algunos relatos de esos seres que con su trabajo cambian lentamente el mundo, por eso a veces son imperceptibles, son como los movimientos de la Tierra, nadie los siente, pero ¿se imaginan que el mundo parara, se imaginan que las historias no volvieran a llegar a todos los rincones? Yo no me lo imagino, por eso lo mejor es disponerse a conocer un poco más de quienes desde lo imperceptible mueven a la humanidad profundamente, y la cambian: los bibliotecarios.

Los autores de este título son:

Leidy Johana Galvis Mejía
Blanca Carolina Vargas Escobar
Juan Rafael Fernández Pérez
Lina María Pérez Ciuffetelli
Daniel Roza Agudelo
Lady Johana Saldarriaga Ricardo
Patricia Andrea Montoya Arenas
Andrés Felipe Ávila Roldan